

La Ilustración Artística

AÑO XXII

← BARCELONA 30 DE MARZO DE 1903 →

NÚM. 1.109



LA NOVIA, fragmento del cuadro «Luna de miel» de Julio Borrell

ESTRENO DE
LA ILUSTRACION
MADRID

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el octavo pliego de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

Texto. - *Crónica de teatros*, por Zeda. - *Madre ajena*, por J. Sánchez Geron. - *La «Schola cantorum» de París.* - *Lancé de honor*, por Emilio Dugi. - *El «Cake-Walk»* - *Nuestros grabados.* - *Problema de ajedrez.* - *Pequeñas miserias*, novela ilustrada (continuación). - *Un ejercicio peligroso.* - *El hombre que anda sobre la cabeza.* - Libros recibidos.

Grabados. - *La novia*, fragmento del cuadro *Luna de miel* de Julio Borrell. - Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *Madre ajena.* - *M.M. Guilmant, Vincent d'Indy y Carlos Bordés.* - *El órgano y el salón de conciertos de la «Schola cantorum»* - *En la campiña*, cuadro de Souza Pinto. - *Marino precos*, cuadro de José Israels. - *El «Cake-Walk» en su país de origen*, dibujo de Tom Brawne. - *El «Cake-Walk» en París.* - *Zapatero de viejo*, cuadro de Max Liebermann. - *¡Eh, gondólero!*, cuadro de Alejandro Milesi. - *Jesucristo en oración*, cuadro de Eugenio Burnand. - *Medalla de Gutenberg*, modelada por León Deschamps. - *El Looping the loop.* - *El hombre que anda sobre la cabeza.* - *Piedá*, cuadro de Luis Corinth. - *Carteles anunciadores* de F. Cidón, B. Casas y J. Puente.

CRÓNICA DE TEATROS

Me faltó espacio en mi última crónica para hablar con la extensión debida del drama de D. José Echegaray titulado *La escalinata de un trono*. Justo será subsanar ahora aquella forzosa deficiencia. En su última obra el gran dramaturgo ha vuelto á sus antiguos procedimientos, á aquellos de *En el seno de la muerte* y de *La peste de Otranto*: personajes delirantes, contrastes estupendos, situaciones espantosas, discreteos calderonianos, versificación esmaltada de imágenes..., de todo hay mucho en *La escalinata de un trono*.

Ha colocado Echegaray la acción de su drama en la Italia del siglo XIV, lugar y tiempos fecundos en violentas pasiones, en crueles venganzas y en horrendos crímenes. De lo que era aquella sociedad da trágico testimonio *El infierno* del Dante. Del célebre episodio del *Conde Ugolino*, el más tremendo de los que contiene *La divina comedia*, arranca el argumento de *La escalinata de un trono*. Roger ama apasionadamente á Teodora: ella le paga con idéntico amor y la vida brinda á ambos amantes con sus más deleitosos placeres. Es en Venecia y en una noche de carnaval cuando el autor nos presenta á los dos jóvenes. Roger no sabe quiénes son sus padres, pero de un momento á otro va á saberlo. Como él se siente noble, generoso, honrado, cree que los que le dieron el ser han debido tener sus mismas cualidades. Pero el destino le reserva una terrible sorpresa. El padre de Roger fué nada menos que el esbirro miserable que incitó al arzobispo Rugero de Pisa á que hiciera morir de hambre á Ugolino y á sus hijos, y la madre, la digna hembra de semejante monstruo. Al tener noticia de su origen, el infortunado mancebo quiere comprobarla, y para ello parte á Pisa, seguido de Teodora.

El tirano de esta ciudad «oprobio de las ciudades» es Stéfano, compañero de infancia de Teodora y á la que ama con tanta vehemencia como la ama Roger. Este, con el fin de saber á ciencia cierta si son exactas ó no las noticias que le han dado acerca de su nacimiento, va á la «Torre del hambre» á interrogar á los carceleros: al calabozo del conde Ugolino acuden también Teodora y Stéfano, y allí, bajo las pavorosas bóvedas que presenciaron la bárbara agonía del conde Ugolino, adquiere el desventurado joven la certidumbre de su vergonzoso origen. Roger se desespera, insulta al tirano, rechaza á Teodora, y mientras ésta es arrastrada por los esbirros de Stéfano fuera de la torre, él quédase encerrado en el calabozo.

La decoración del acto tercero representa el campo santo de Pisa. Roger va á visitar las tumbas de sus padres, y al campo santo van también Teodora y Stéfano. La escena que en el cementerio se desarrolla es sobre poco más ó menos la misma que la de la torre. Reproches de Roger á Teodora, insultos y amenazas al tirano, prisión del desesperado mancebo y oferta de la hermosa pisana de casarse con el tirano. «Yo te demostraré cuán grande es mi pasión», dice Teodora á Roger, y con tal promesa acaba el acto.

El cuarto y último es de lo más horripilante que ha salido de la pluma de Echegaray y de lo más truculento que se ha visto en la escena. Algunas seño-

ras hubo en la noche del estreno que se retiraron espantadas de sus palcos. Y motivos había para ello. Ha de saber el lector que uno de los castigos que, según parece, se aplicaban en Pisa á los reos de alta traición, era lo que se llamaba el *vía crucis* del condenado. Sacaban á éste de la cárcel y lo entregaban al furor del populacho, el cual la emprendía con el reo á pedradas y á palos, llevándole de tan bárbara manera hasta la muralla de la ciudad, desde la cual se le despeñaba. A este terrible *vía crucis* es condenado Roger; y cáte que cuando Teodora, cubierta de lujosísimas galas y joyas soberbias, después de oír el relato de los tormentos que está padeciendo su amante, cuyo suplicio ha empezado ya, acaba de desposarse con el tirano, oyense los gritos frenéticos de la plebe. Teodora, desde lo alto de la escalinata de su trono, da orden de que sea conducido á su presencia el condenado, las puertas de la *logia* en que la escena pasa se abren y aparece Roger, ó mejor dicho, un harapo humano, cubierto de sangre, magullado, despedazado, tembloroso, moribundo, casi ciego, mostrando por las roturas de su vestido hecho jirones su carne macerada y sangrienta. No es posible mayor ni más espantosa verdad. Al salir Roger á escena, el público lanza un grito de horror y las mujeres se tapan los ojos para no ver aquella trágica visión.

Pero la comedia no ha acabado todavía y por consiguiente aún no cesan los horrores. Roger es arrojado á los pies del tirano y de su esposa, y entonces Teodora, hundiendo un puñal en el corazón de Stéfano, se precipita sobre Roger, le abraza, y el pueblo, enfurecido por la muerte del tirano, amarra juntos á los dos amantes y los empuja á la muralla, para desde allí precipitarlos.

El que haya visto sin estremecerse la representación de *La escalinata de un trono*, de seguro que podrá contemplar con tranquilidad una ejecución de pena capital...

A otro muy distinto del género á que pertenece el drama de Echegaray corresponde «la novela escénica» en cinco actos y en prosa, estrenada también en el Español y original de Jacinto Benavente, titulada *La noche del sábado*. Es Benavente, sin duda alguna, el más moderno de los autores contemporáneos, el que está más dentro de la corriente general de la cultura é ideas de nuestros días. La última comedia, ó como él la llama, *novela escénica*, es francamente simbólica. Antes de empezar la representación, y á guisa de prólogo, ya se le dice al público la significación de lo que va á ver y oír, y mucho, en efecto, hay que ver y oír en *La noche del sábado*.

Ante todo, justo es reconocer que si el autor ha de vaciar en la obra escénica todo su arte, estudio é inspiración, es menester que le secunden cuantos elementos entran en la ejecución escénica. Pero suele darse el caso de que unas veces por deficiencias de los actores; otras por temores de herir ciertos sentimientos del público, y otras, finalmente, por pobreza ó cicatería de las empresas, el autor se ve forzado á restringir el desarrollo de su obra, haciendo, no lo que podría, sino lo que le dejan hacer. En el teatro Español, por el contrario, Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero ponen al servicio del dramaturgo, cuantos medios necesita éste para expresar totalmente su pensamiento sin limitaciones de ninguna especie: ejecución esmeradísima hasta el punto de que la comedia puede representarse sin necesidad de apuntador, decoraciones tales como el autor las ha imaginado, *mise en scene* de propiedad irreprochable, y cuando el asunto lo exige, lujo fastuoso hasta en los pormenores más insignificantes.

No es menester darse de calabazadas para averiguar el sentido que pudiéramos llamar esotérico de *La noche del sábado*: el autor pone en boca de sus personajes cuantas explicaciones son necesarias para que el público vea la idea al través de la forma. «Vimos esclavos de la realidad: nuestro ideal, bueno ó malo, hállase encerrado en las profundidades de nuestro ser como un prisionero en hondo calabozo. Pero nuestras almas, como las brujas de las leyendas, escapan á veces en alas de la fantasía á la región de los sueños, en donde celebran misteriosos aquelarres. Allí, en aquellos rápidos momentos de vida puramente imaginativa, libres de todas las trabas que en la realidad nos sujetan, «podemos ser lo que verdaderamente somos.» Después, cuando volvemos á la existencia real, reanúdase en nosotros el eterno conflicto entre lo que nos impone la vida y los anhelos de nuestra alma: los débiles ceden dejándose arrastrar por la corriente; los fuertes luchan por realizar su ideal; algunos lo consiguen; mas para llegar á él dejan en la áspera pendiente pedazos de su corazón, jirones sangrientos de su existencia.

Imperia es una de estas almas fuertes; nacida en

hogar miserable, rodeada de seres abyectos, propónese realizar su ideal: «Seré emperatriz, dice, conquistaré un trono,» y á la conquista de él se lanza, sacrificando en aras de su aspiración suprema sus más íntimos afectos y sus más delicadas ternuras. En esta desesperada ascensión surge como un obstáculo insuperable su hija Dorina, carne de su carne y alma de su alma... Cuando la pobre muchacha abandonada por su amante va á morir, preséntase ante Imperia la realización de su sueño, la conquista de una corona: hay que optar entre ella y su hija moribunda. El alma de Imperia vacila, pero al fin el ideal vence; y el arte, por boca de Leandro, dice á la mujer fuerte: «Venciste: has realizado, has sabido sacudir lo real por lo ideal.»

Este [es el pensamiento que Benavente ha desarrollado en *La noche del sábado*. A decir verdad, el final del drama ha debido de ser atenuado por temor á los prejuicios del público. Cuando Imperia se decide á partir, su hija está ya muerta. El conflicto por consiguiente entre el amor maternal y la conquista del trono no existe. La lógica de la obra exigía, y así de seguro lo imaginó Benavente, que Imperia dejase de recoger el último aliento de Dorina, la abandonase en su agonía para correr á la posesión de su ideal. El autor de *La noche del sábado*, ó no se ha atrevido á llegar á este final, ó lo ha cambiado ante el justificado temor de comprometer el éxito de la comedia.

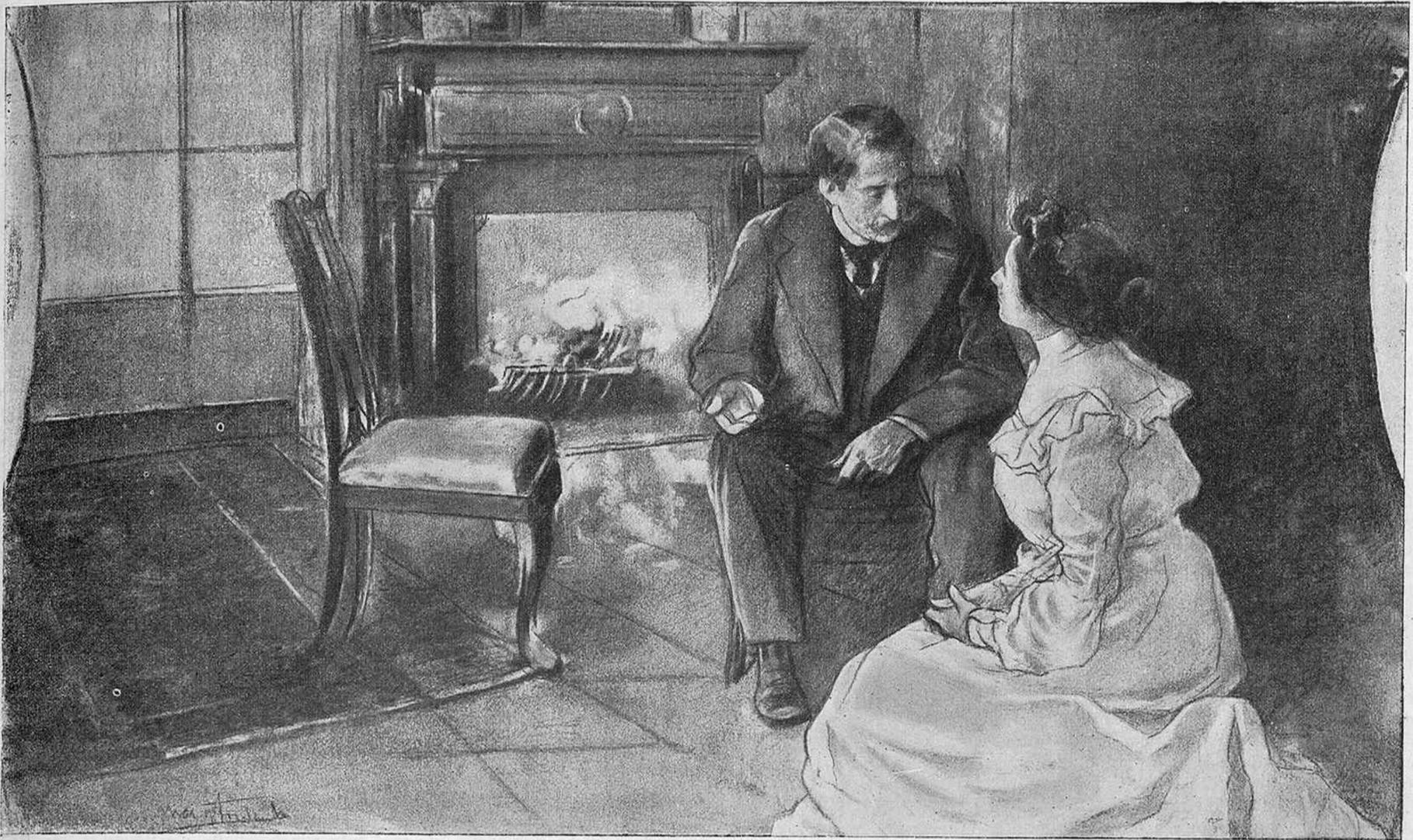
La forma en que el pensamiento capital del drama ha sido desarrollado por el autor, es rebosante de ingenio, de belleza, de sutiles observaciones, de delicadeza y originalidad. La acción pasa en una población que bien puede ser Mónaco ó Niza, y en donde se reune una sociedad exótica y cosmopolita. Es aquello, por decirlo así, un resumen de la humanidad, con sus vicios, sus mentiras, sus dolores y sus placeres. Ante los ojos del espectador desfilarán príncipes de derecho divino sin fe en su realeza y sin conciencia de su misión de pastores de pueblos; poetas decadentes y decaídos, cuya musa es el escepticismo; cortesanas que empiezan y cortesanías que acaban; codiciosos rufianes que venden á sus amantes por un puñado de oro, y pobres mujeres destinadas á consumirse tristemente en la hoguera del amor sensual.

Todos estos personajes en los cuales más que individualidades vivientes ha querido encarnar el autor decadencias, aspiraciones más ó menos insensatas y vicios, nos muestran en sus diálogos, ya ingeniosos, ya profundos, los múltiples aspectos del alma humana: abismos tenebrosos unas veces, resplandores otras de cumbres celestes, las miserias y grandezas del ser humano, que ya se arrastra por los lodazales como bestia salvaje, ya tiende sus alas como un ángel en pleno azul.

He dicho en alguna otra parte, y aquí es ocasión de repetirlo, lo siguiente: sean cualesquiera las ideas que se tengan acerca del teatro, ya se le considere exclusivamente como representación de una serie de hechos imitados del exterior de la vida, ó ya como medio de expresión directa ó indirecta de cuanto abarca, sueña ó fantasea el espíritu del hombre; sea un género poético ó no poético, pero circunscrito á un espacio limitado del arte literario, ó sea la literatura toda en cuanto representable y representada, es lo cierto que obras como *La noche del sábado* revelan una potencia intelectual tan grande, una amplitud tan intensa de ideas, horizontes tan vastos, que el ánimo del espectador se siente transportado á un mundo que podrá no ser teatral, pero que con su belleza nos cautiva y nos deslumbra. Yo no censuraré á los que buscan en la escena las emociones que despiertan una intriga amorosa ó un conflicto *pasional*; mas ¿por qué no han de entretener á un público culto las hondas aspiraciones del alma, los vagos anhelos de nuestro continuo soñar, los fantasmas que pueblan nuestras noches de insomnio, las voces que gritan en el fondo de nuestro ser..., todo ese mundo interior é incoherente que constituye lo más humano de nuestra vida?

En Lara han pasado sin gran dificultad *El intérprete*, juguete en un acto, arreglado del francés por Mario y Abati, y *La gracia andaluza*, original de Rafael Santana. Triunfó en la Zarzuela una en un acto de costumbres andaluzas titulada *La Macarena*, y *El niño de oro* pereció en Apolo en el mismo momento de nacer. En el circo de Price se aprobó tras reñida votación la zarzuela bufa *Su alteza imperial*, y se aplaudió en el Lírico una adaptación de la comedia de Vélez de Guevara *Reinar después de morir*.

Como se ve por todo lo dicho, en esta época de abstinencia no la ha habido de novedades teatrales.



... me miró, esperando el cuento como una niña curiosa

MADRE AJENA

Hacía rato que callábamos.

Hacía rato que los dos mirábamos distraídamente la llama azul que bailoteaba en el fondo obscuro de la chimenea, sobre los troncos hechos ascua.

El gabinete estaba á obscuras; en el techo daba la luz cinérea de un lejano farol de la calle.

El silencio era tan absoluto, que molestaba.

Elena se movió nerviosamente en su butaca y dijo con extenuada voz:

— Oye: ¿Por qué no me cuentas alguna historia bonita?... ¿un cuento de niños? Me gustaría oír esta noche un cuento de niños.

— No sé cuentos de esos..., no recuerdo ninguno...

Removía en los rincones de mi memoria para complacerla.

Entretanto habíase levantado á echar leña sobre las brasas; después se arrebujó á mis pies con actitud infantil, y poniendo la cara más inocente del mundo, me miró, esperando el cuento como una niña curiosa.

— El caso es que, por más que hago, no me acuerdo de nada que se parezca á lo que me pides. Pero, si quieres, puedo repetirte una historia muy interesante que he sabido hoy.

— ¿Es triste, por lo menos?

— De una tristeza dulce.

— ¡Oh! Es lo que prefiero...

Surgió, en aquel punto, la llama alegre de la leña recién echada, iluminando el reducido gabinete y esparciendo un calor suave. Elena se estremeció con un repeluzno de satisfacción, complaciéndose con la anunciada historia, bañándose en el bienestar y en la paz que nos rodeaba.

Dí comienzo á mi narración.

— ¿Tú recuerdas á Teodoro, aquel muchacho arquitecto que almorzó con nosotros una mañana? Bien; pues hoy me lo he tropezado en la plaza de las Salesas, después de algunos meses transcurridos sin vernos. Le invité á dar una vuelta por Recoletos; pero se negó, mostrándome su traje. No había reparado en que vestía de luto. Le pregunté quién se le había muerto.

— Mi madre, dijo tristemente.

— Pero ¿no eras huérfano?

Él me había dicho en cierta ocasión que su madre había muerto al darle á luz.

— Esta era otra madre. Una madre de hace cinco años.

Naturalmente, no le entendía, y entonces me contó lo que vas á oír.

Hace bastante tiempo vino á Madrid un joven de veintidós años, hijo de una viuda que cobraba una exigua pensión con la que apenas podía mantenerse una persona. Hasta esa fecha habían vivido madre é hijo con mil apuros en su pueblo, un lindo pueblo de Andalucía.

Dionisio ganaba algo, allá, como escribiente en casa del registrador, que estaba medio ciego y tenía necesidad de alguien que le ayudase. Con lo poco que este trabajo le producía y la paga de la madre fueron tirando medianamente de la vida; pero se murió el registrador, y el que vino á substituirle no necesitaba de los servicios del joven. Entonces comenzó para éste y para la viuda una era de privaciones y sufrimientos insoportable.

El muchacho padecía la desgracia de tener imaginación, cosa imperdonable, y un corazón honrado, defecto más imperdonable aún. Y se figuró que con eso debería bastar para vivir en una capital, donde pudieran desenvolverse sus condiciones.

En los muchos ratos que le dejaban libre los quehaceres del registro, habíase dedicado á estudiar en la no despreciable biblioteca de su principal. Cuando no tuvo más libros de qué enterarse, púsose él á hacerlos, y Teodoro, que ha leído las dos novelas que escribió en el pueblo, asegura no conocer nada más humano, ni que revele mayor sentimiento que esas dos primeras obras de Dionisio.

Éste, sabiendo que la pensión no alcanzaba para dos personas, y que, si él se eliminaba, su madre podría vivir holgadamente con ella, decidió utilizar la instrucción que poseía y sus aficiones literarias, para procurarse una posición, siquiera fuese modesta.

Para esto era preciso trasladarse á la corte, foco deslumbrador de las mariposas del talento, en donde perecen tantas alegrías juveniles, tantas ilusiones acariciadas en los floridos rincones de provincias.

A los pocos días de llegar conoció Teodoro, y desde entonces siguió paso á paso todas sus vicisitudes, asistiendo á la representación del drama de aquella existencia. El arquitecto, estudiante por esa época, era muy poco lo que podía auxiliarle; sin embargo, Dionisio se salvó de morir de hambre en muchas ocasiones, gracias á su amigo.

Tres años, poco más ó menos, el hijo de la pensionista luchó con todas sus fuerzas contra la muralla casi siempre infranqueable que, en los caminos que se separan de la gran carretera de la rutina, levantan en este bendito país los cuatro vicios nacionales; la Indiferencia, la Envidia, la Ignorancia y la Jocosidad.

Hay un medio cómodo de romper estas murallas, la adulación; pero Dionisio, en la inflexibilidad de su honradez, en la rectitud de su conciencia sentíase incapaz de afirmar lo contrario de lo que sentía. Era, además, hombre á quien no se le apostemaba verdad alguna en el cuerpo, y esto le acarreó muchos enemigos, porque no se desenmascara impunemente á los falsos ídolos.

En tres años vivió una existencia entera, y se encontró, á los veinticinco, con toda la carga de hastío, desilusiones y desprecio hacia el mundo de un viejo decrepito.

En los viejos, á esos desencantos y á ese hastío corresponde el cansancio y la debilidad física, y este acuerdo entre el espíritu y la materia, cuando es perfecto, engendra una tranquilidad resignada, admirable: la gran tranquilidad de los ancianos.

Pero en Dionisio, dotado de una naturaleza poderosa, con todos los ardores y las rebeliones de la juventud, el desequilibrio entre lo moral y lo físico no podía menos de producir una catástrofe, y ésta no se hizo esperar.

Una mañana recibió Teodoro un aviso del juzgado de guardia para que se presentase en donde se le indicaba.

Dionisio se había suicidado, y en la carta que se le encontró para el juez, suplicaba que se llamase á Teodoro, el cual, después de abrir un abultado paquete colocado sobre la mesa de su habitación, enteraría al juzgado de cuanto pudiera necesitar.

Allí encontró el arquitecto una carta en la que exponía las razones de su resolución: Estaba convencido de que la vida era un asco y de que no valía la pena de ser visto lo que ella nos pudiera reservar. Encargábale rogara al juez que ocultase á todo el mundo su nombre, para que no pudiera llegar la noticia á oídos de su madre. Y por último, le decía que leyerá en su casa y detenidamente los demás papeles que en el paquete se contenían.

Así lo hizo Teodoro, y encontró una porción de cuartillas en las que Dionisio hacía una detallada relación de los asuntos de su casa, de la historia de su familia y de los parentescos y amistades que tenían en el pueblo.

«Te cuento estas cosas, decía el manuscrito, para que puedas cumplir sin entorpecimiento el más grande favor que me pudieras hacer, y que, estoy seguro, ejecutarás religiosamente. Mi madre está muy delicada de salud; la noticia de mi suicidio le acarrearía la muerte ó, cuando menos, habría de amargarla horriblemente los tristes años de la vejez. Es preciso que ignore lo sucedido. Para esto la preparé

diciéndola, en el correo último, que mi suerte había comenzado á mejorar, que me mudaba de domicilio (le ponía las señas del tuyo) y que, sabiendo el trabajo que para su poca vista suponía el descifrar mis garabatos, pensaba comprar una máquina de escribir, que utilizaría para la primera carta que la dirigiera.

»Lo que espero de ti es que recibas la correspondencia de mi madre y la contestes en mi lugar, de modo que crea soy yo el que lo hago. Para esto dejo firmados muchos pliegos del papel en que acostumbraba á escribirla y varios modelos que te servirán para conocer el estilo de mis epístolas y los apelativos que más empleaba. Todo va en este paquete.

»Procura mostrarte muy cariñoso con ella, y sobre todo, muy puntual en responder... Será un trabajo que ejecutarás con gusto, porque sabes que ha de hacer feliz á una pobre anciana, que no tenía en el mundo más que á su hijo. Por otra parte, creo que no se prolongará mucho esa obligación que la amistad te impone. ¡Hallábase tan acabada cuando me separé de ella!»

Teodoro cumplió escrupulosamente cuanto se le encargaba, y estando en los ápices de los asuntos y costumbres de Dionisio y de su madre, no cometió indiscreción alguna.

Cinco años ha durado esta correspondencia.

— Al principio, me decía esta tarde el arquitecto, me costaba cierta violencia el fingimiento de esas cartas; encontrándome, más que nada, premioso en las frases de afecto que había de prodigar á una persona desconocida. Pero, poco á poco, fué haciéndose más fácil mi tarea, según iba recibiendo sus escritos, en los que se ponía de manifiesto un alma sencilla y bondadosa y en los que rebotaba un cariño inmenso, el cariño sin igual de una madre, para mí nuevo, ya que no conocí á la mía. Al cabo de algunos meses, llegué á esperar con verdadero interés las cartas de la pobre viuda. En todas aconsejaba á Dionisio que se mantuviese honrado, que huyera de las malas compañías, que rezara á la Virgen del Puente, la patrona de su pueblo. Compadeciendo la soledad del hijo y los disgustos á que se vería expuesto en la lucha por conquistarse un lugar distinguido en la sociedad, le consolaba constantemente. En mis horas de aislamiento y de amargura llegaban estas cartas, que parecían escritas para mí, como un bálsamo suavísimo que me fortalecía y me daba fe en lo venidero. Llegué á figurarme que era á mí á quien aconsejaba, que eran para mí aquellas sus palabras amorosas y que, cuando yo contestaba, era á mi madre á quien lo hacía. Sus consuelos llegaron á serme indispensables. En una palabra: á fuerza de ponerme en el lugar de su hijo, llegué á quererla como se debe querer á una madre. Un día se quejó de su salud: estaba mal. No me lo decía para que fuera, que ya se le alcanzaba lo difícil de esto, dadas las muchas ocupaciones que me impedirían hacerlo... ¿Puedes creer que me hubiese puesto en camino inmediatamente, á no haberme contenido el temor de que todo se descubriría en este caso? Me hube de reducir á animarla; afirmando que, efectivamente, no podía abandonar ni un momento la corte, porque todo lo adelantado, que era mucho, podría perderse. Desde entonces no volvió aque-

lla santa á manifestar sus dolencias, y creí que esto podría deberse á que realmente hubiese mejorado, según me decía. Hace un mes recibí una carta de luto; en ella, un pariente de Dionisio, creyendo desde luego dirigirse á él, me daba cuenta de la muerte de la anciana. Había expirado dichosa, suponiendo á su hijo próximo á llegar á la cúspide de la gloria y de la fortuna.

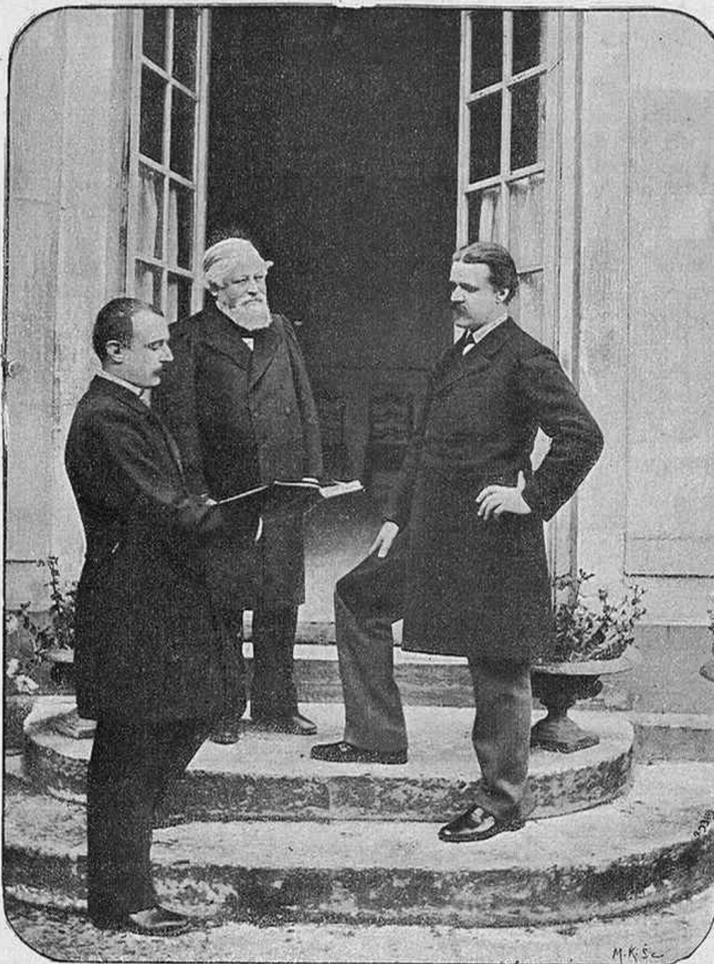
Estoy seguro de que sufrí la pena mayor que sentirse pueda. Tú, que has perdido á tu madre, ¿verdad que se experimenta un dolor horrible? Por eso visto de luto.

J. SÁNCHEZ GERONA.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

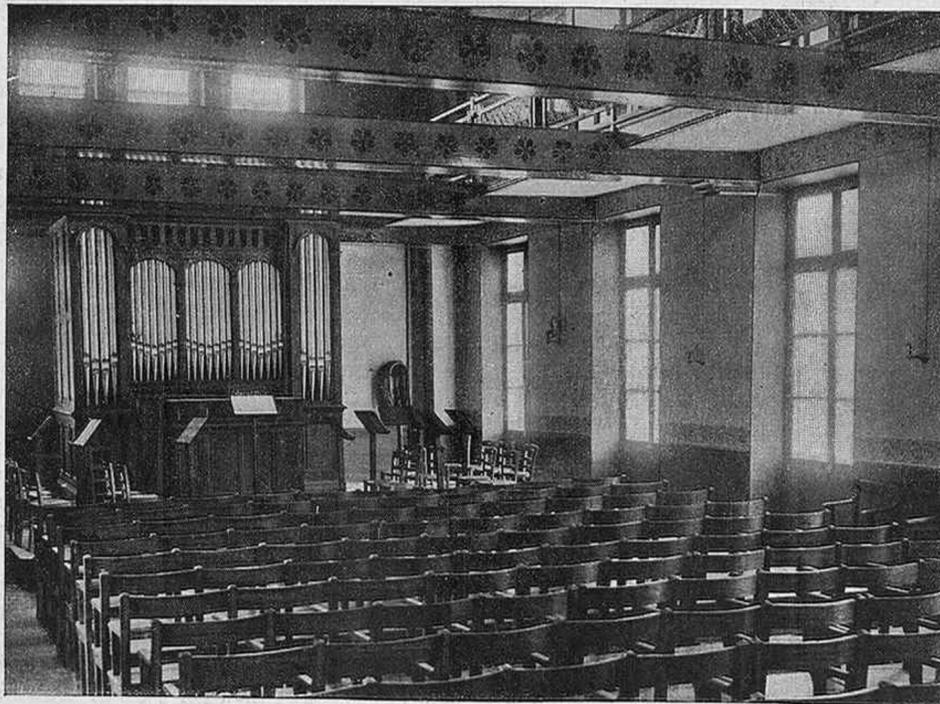
LA «SCHOLA CANTORUM» DE PARÍS

Que no se ha borrado la buena memoria que entre nosotros dejara, cuando nos visitó por vez primera, la famosa asociación musical parisiense, lo han



MM. Guilmant, Vincent d'Indy y Carlos Bordes, fundadores-directores de la *Schola cantorum*

demostrado los éxitos material y artístico de las sesiones que ha dado en el teatro de Novedades, en unión con el *Orfèu Catalá*, que dirige el maestro Millet, en los días 20 y 22 de los corrientes, sesiones consagradas á la ejecución de las obras clásicas de Hændel, Victoria, Orlando de Lassus; Jannequin, Carissimi, Bach, Palestrina, Gluck, Beethoven y de algunos de sus más felices imitadores modernos.



El órgano y el salón de conciertos de la *Schola cantorum*

No parece, pues, extemporáneo, aprovechando la estancia entre nosotros de «los animosos apóstoles de la regeneración del arte musical religioso y profano,» recordar la historia breve, pero gloriosa, de esa benemérita escuela.

Hace próximamente diez años, M. Carlos Bordes, maestro de capilla de Saint-Gervais, en París, tuvo la feliz idea de formar una agrupación de cantores con el intento de dar á conocer los célebres responsos de Palestrina, de Victoria y el *Stabat Mater* del primero. El éxito de esta tentativa decidió á M. Bordes á fundar la asociación antedicha. Desde 1892 á 1902 los cantores, bajo la dirección del maestro, ejecutaron en las festividades del año las mejores com-

posiciones de la música polifónica del siglo xvi y resucitaron con honra el canto gregoriano según los libros y el método de Solesmes. En 1894, M. Vincent d'Indy, en unión con el organista M. Alejandro Guilmant, redactaron las bases, ampliadas después, de la *Schola cantorum*. La idea inicial de los fundadores de la nueva escuela fué el restablecimiento de la tradición gregoriana, de la música de Palestrina y el mejoramiento del repertorio de los organistas.

El entusiasta M. Bordes, con la famosa suma de 37 francos 50 céntimos, alquiló esperanzado en la calle de Stanislas un local adecuado para el funcionamiento de la *Schola*, y después de dos años de incesante laboriosidad pudo darla á conocer en las iglesias y en las salas de conciertos de más de cien ciudades de Francia.

El rápido desenvolvimiento de la escuela, sus alumnos cada día más numerosos, impulsaron á los organizadores á buscar un monumento digno de su obra: en la antigua calle de Saint-Jacques, junto al Val-de-Grâce, encontraron el antiguo monasterio de benedictinos, y apropiaron el hermoso y vasto edificio á un nuevo destino. Desde entonces, el 2 de noviembre de 1900, quedó París dotado, merced á la fe ardiente de M. Carlos Bordes, de una institución necesaria para luchar contra el mercantilismo del arte musical, enseñando á los coristas el culto del arte verdaderamente bello y proporcionando á los maestros de capilla un repertorio severo y artístico.

Los cursos de *Schola cantorum* comprenden la música en sus diversas ramificaciones: el solfeo elemental, el canto gregoriano, la declamación lírica, la armonía, el contrapunto, el órgano, el piano, las clases de orquesta, de conjunto y de composición: esta última, bajo la dirección acertada de M. Vincent d'Indy, cuenta en la actualidad más de cincuenta alumnos. Simultáneamente con el canto ó con el instrumento de su elección, los jóvenes alumnos estudian la historia de su arte, su estética, y en el curso de conjunto vocal, que M. de Lacerda dirige tan concienzudamente, no desperdicia ocasión para explicar á los cantores el género de las obras interpretadas, insistiendo sobre su carácter y su construcción.

Mensualmente la *Schola* organiza grandes audiciones para el público en su salón de conciertos, y en estas audiciones, los cantores de Saint-Gervais ejecutan con perfección insuperable las obras maestras de Gluck, Hændel, Mozart, etc., las geniales cantatas de Juan Sebastián Bach y los motetes de los maestros religiosos del siglo xvi, sin dejar de rendir ferviente culto á la canción popular francesa.

M. Carlos Géniaux, al hablar de la vida íntima de esta institución, hace las siguientes apreciaciones:

«Así que uno penetra en el patio severo y triste de la antigua abadía benedictina, encuentra en las cercanías del cancel que una administración paternal instaló á la puerta de entrada de la *Schola* jóvenes de palabra exuberante y de movimientos ágiles para dirigir orquestas de mil ejecutantes. En efecto, la dominante de esta escuela es inflamar á sus alumnos en verdadero anhelo de belleza: así, cuando les veáis con el rostro animado, nada temáis en contra de vuestra seguridad: platican simplemente acerca del arte que les interesa. De igual modo la sencillez de su traje y la buena franqueza de su com-

pañerismo advierten al visitante que no se encuentra en una academia preparatoria de adolescentes para el jubón, el sombrero de plumas y los zapatos de punta. Esta sencillez de modales permite á los estudiantes presentarse en sus cursos, así como en los conciertos públicos, en donde figuran entre las clases de orquesta, con verdadera apariencia de alumnos, y no con esos acicalamientos ambiguos que hacen presagiar, en otras salas, los futuros cómicos y los virtuosos adulados. Encontramos altamente simpática esa gravedad modesta de los futuros artistas, y sin duda que contribuye á hacerles olvidar el ambiente de gloria precoz y de postura en que se complacen los músicos en general.» — X.



EN LA CAMPIÑA, cuadro de Souza Pinto

LANCE DE HONOR

Terminaba la comida en una de las mesas del *restaurant* del casino, y mientras el mozo recogía el servicio y traía el café, acompañado de unas copitas de *fine champagne*, la conversación, muy animada hasta entonces, había sufrido un paréntesis.

Los comensales eran cuatro y en sus trajes y en sus ademanes resaltaba la distinción de la clase social á que pertenecían. Uno de ellos, de cabeza enérgica, de ojos brillantes, más cerca por su edad del sereno análisis de la vejez que de los ímpetus juveniles, ostentaba en la solapa del frac la roseta roja de una orden militar. Tomó un habano de la salvilla de plata en que respetuosamente se lo ofrecía el *maitre d'hotel*, lo encendió, y lanzando una bocanada de perfumado humo, dijo, dirigiéndose á sus compañeros de mesa:

— Durante toda la comida habrán ustedes observado que apenas si he metido baza en la conversación. Hablaban de lo que es hoy el tema obligado de las conversaciones en todo Madrid, y he permanecido mudo hasta tanto que dijieran cuanto sabían del triste suceso que lamentamos. Oyéndoles me he convencido de que ustedes, como los demás, no saben más que una parte de historia, que es un verdadero poema del corazón.

— ¿De modo que hay una historia, una verdadera historia?, dijo un joven moreno de atildado aspecto, con grandes bigotes á la borgoñona, que con la manos en los bolsillos del chaleco y el cigarro en la boca, lanzaba espirales de humo mirando distraídamente las pinturas del techo; entonces, general, no tiene usted más remedio que contarla.

— No por satisfacer la curiosidad de ustedes, dijo el general, sino porque creo cumplir un deber de conciencia justificando á los personajes de esta historia, hablaré.

Mi amigo el general Miranda, que ha muerto esta mañana atravesado de una estocada, era un militar tan valiente como caballeroso. En nuestras luchas civiles, en nuestras guerras coloniales, en los encuentros de encrucijada á que dió lugar el período revolucionario en España, Miranda demostró que su valor personal corría parejas con su ilustración y su hidalgua. Juntos cursamos los estudios de la Academia, compañeros fuimos en una misma promoción y á no pocos hechos de armas asistimos juntos. Nuestra amistad, acalorada con los recuerdos de la niñez y con las primeras ambiciones de los verdes años, me permite conocer el corazón del desdichado Miranda como el mío propio.

Otro compañero había que con nosotros formó siempre trinidad inseparable, el coronel Pedrosa, muerto en época no lejana.

Una comisión diplomática me retuvo á mí fuera de España mucho tiempo, y cuando regresé á Madrid, hace dos años, me encontré con Miranda que se hallaba aquí de cuartel. Por él supe que Pedrosa había muerto, y que la familia atravesaba en aquellos momentos una situación más que difícil. Miranda, que tenía un gran corazón y que gozaba de posición económica muy desahogada, pensó que ningún empleo mejor podía dar á su corazón y su dinero que protegiendo á la familia del compañero muerto; y ruego á ustedes, porque así lo afirma un hombre de honor, que á la palabra protección den el más noble y puro de sus sentidos.

La mujer de Pedrosa fué, en sus tiempos, una catalana de buen palmito, tan espléndida de formas como falta de seso, y la fortuna de su marido y los ahorros de éste en sus largas campañas en nuestras perdidas colonias, bien pronto desaparecieron convertidos en trapos elegantes y joyas vistosas. En aquella época de apogeo tuvieron ustedes ocasión de conocer á la hija del coronel, la bellísima Mercedes Pedrosa, que durante algún tiempo llamó la atención de Madrid por su hermosura y por su sencilla elegancia.

— La recuerdo perfectamente, general, interrumpió uno de los oyentes, era una de las muchachas más bonitas que paseaban por Madrid.

— ¿No recordáis á la madre?, agregó otro. Le llamaban doña Jimena. Una señora imponente por

sus carnes. Por cierto que si algo la molestaba era una flor, una frase galante dirigida á su hija. Más que molestada por el atrevimiento, parecía envidiosa de los triunfos de la muchacha. Era un ejemplar curioso.

— ¡Pobre mujer!, siguió el general, recogía por reflexión los homenajes tributados á su hija.

Pero continuó. El coronel, convencido de que se

Adivinamos todos que, andando el tiempo, aquel muchacho sería algo. A todo esto, Argüelles no sabía de casa de Pedrosa, y ocurrió lo que ya habrán imaginado ustedes sin gran número de antecedentes; que Máximo y Mercedes, que ya se conocían de niños, que habían jugado juntos muchas veces y que se profesaban cariño fraternal, al volverse á ver en Madrid, ella una encantadora muchacha, él un apuesto galán, se amaron locamente, con toda la pasión de los veinte años, con todo el entusiasmo de dos almas jóvenes, sin prejuicios y sin amarguras.

Pedrosa veía con gusto estos amores. ¿Qué más podía querer para su hija que un hombre que, con su corazón, le diera un nombre honrado? Pero la muerte que acechaba á mi pobre amigo no daba treguas y el coronel se murió sin ver realizada aquella boda que le hubiera proporcionado la paz en los últimos momentos. La viuda de Pedrosa no encontraba en Máximo el yerno apetecido; era un abogadillo sin pleitos y sin fortuna, que no podía proporcionarle los medios para continuar la vida de estúpido despilfarro á que se hallaba acostumbrada, y apelando á todos los medios, lanzó á Máximo Argüelles de su casa, primero, y le hizo reñir con Mercedes después.

Miranda era el punto sobre el que convergían todas las ambiciones de la viuda. Cierto que se había convertido en el protector de la familia, y que no pocos días se comió en aquella casa, gracias á la mano pródiga del general; pero esto no bastaba para los propósitos de la viuda de Pedrosa, que pretendía sujetarlo con lazos más fuertes y duraderos. De qué recursos echó mano, cuáles artificios puso en juego, es cosa que ignoro, y aun cuando los supiera no había de detallarlos fatigando la atención de ustedes. El hecho es que hace algunos meses sorprendió á todos la noticia de la boda del general Miranda con Mercedes Pedrosa.

Días antes de la ceremonia mi amigo vino á verme para darme cuenta del fausto acontecimiento y para rogarme que le apadrinara.

Con la lealtad propia de mi carácter, con la autoridad de nuestro mutuo afecto de cuarenta años, intenté disuadirle de tal empeño. Era una locura unir las arideces de un viejo de sesenta años con las fragancias de una muchacha que todavía no cumplió los veinte. Vana empresa.

Mi amigo estaba bien cogido por la viuda. Se había apelado á sus sentimientos caballerescos y mi amigo llegaría hasta el fin. Quería con su nombre y con su fortuna poner al abrigo de cualquiera eventualidad desgraciada á la hija del compañero muerto.

Aferrado á este razonamiento, los míos resultaron todos inútiles. Celebróse la boda y asistí como padrino del novio.

Fué un acto de triste solemnidad. Mercedes Pedrosa parecía entre las blancas nubes de su velo de desposada una víctima dispuesta para el sacrificio. En la cara de Miranda creí advertir algo entre amargo y siniestro. Sólo había entre todas aquellas gentes un rostro de verdad alegre; el de la viuda de Pedrosa reflejando la satisfacción del triunfo.

Después los novios emprendieron un largo viaje por el extranjero. Aquel mismo día la amistad de un político de talla había dado á Máximo Argüelles un acta de diputado á Cortes por un distrito granadino.

Cuando hace pocos meses los señores de Miranda regresaron de su viaje de novios, Madrid, enamorado de lo nuevo, hacía su héroe de Máximo Argüelles, que con unos cuantos discursos de acometividad rabiosa se había hecho dueño del Parlamento. No hace muchos días se hablaba en todas partes de que el Gobierno, maltrecho por los ataques del joven orador andaluz, trataba de comprar su benevolencia y su silencio con un alto puesto oficial.

No hace muchos días también que Miranda vino á visitarme. Desde el de la boda no nos habíamos visto.

No diré á ustedes lo que hablamos en aquella entrevista; los dolores de un corazón sangrando por las ilusiones muertas, no pueden fácilmente pintarse con ajenas relaciones. Mi pobre amigo, al separarnos, me dijo como despedida:

— «Mi mujer no me ama, no puede amarme; quise conquistar su corazón y lo he perdido por completo.



MARINO PRECOZ, cuadro de José Israels
(reproducción autorizada por Alejandro Young, Esq.)

había pasado la vida trabajando inútilmente para dejar á los suyos un puñado de pesetas, tuvo el buen acuerdo de morir.

Y entonces fué cuando Miranda, que le acompañó hasta el último momento, creyó en el deber de amparar á la familia del compañero de armas, casi en la indigencia, pues la viuda, lejos de curarse de sus hábitos de lujo y de desorden, á los pocos meses de la muerte de su marido tenía la pensión en manos de usureros y era pavoroso problema la comida cotidiana.

Señores, yo no soy narrador, y si he de conseguir que ustedes me entiendan y formen claro juicio de esta historia triste, ha de ser sacrificando las bellezas de estilo á la cronología de los hechos. Algunos años, pues, antes de la muerte de Pedrosa y cuando éste, maltrecho de cuerpo y enfermo de alma, vino á Madrid con los suyos, empujado por su mujer que ansiaba de ancho campo para su vanidad morbosa, un amigo de provincias escribió al coronel recomendándole á un hijo suyo que, terminada la carrera en la Universidad, se trasladaba á la corte en busca de porvenir. El muchacho le conocen ustedes todos; se llama Máximo Argüelles.

— ¿Sabe usted, general, interrumpió uno de los presentes, que tiene usted grandes condiciones para el género novelesco?

— Argüelles, siguió el general, acababa de cumplir veinte años; granadino de nacimiento, había acabado la carrera de Leyes y era ambicioso. Tenía, mejor dicho, tiene un gran corazón.

Pedrosa le abrió las puertas de su casa, le sentó á su mesa, puso á disposición del muchacho sus relaciones, su conocimiento del mundo y su bolsa. Y Máximo, despierto de inteligencia, sediento de gloria, con ángel para granjearse simpatías y amistades, entró y salió en los bufetes y en los despachos de los políticos de más renombre, bullió en el salón de conferencias, frecuentó los salones y los círculos elegantes.

Antes era el amigo bondadoso que hacía con ella las veces de padre; ahora soy el obstáculo atravesado en el camino de su felicidad.

»Mercedes ama á otro hombre, tuve la ridícula pretensión de interponerme entre ambos y he con-

EL «CAKE-WALK»

Esta danza, que de algún tiempo á esta parte se ha puesto en moda en París, ha perdido con la importación á Europa todo el encanto pintoresco que

y á medida que se van entusiasmando aguzan su ingenio, inventan nuevos y cada vez más grotescos ejercicios, todo con el afán de llamar la atención del jurado y de obtener por unanimidad la tradicional recompensa.



El Cake-Walk en su país de origen, dibujo de Tom Browne

seguido la desdicha de todos. Sólo la muerte, castigándome como á un insensato que he sido, sería piadosa y justiciera.»

Lo que resta de la historia lo conocen ustedes tan bien como yo: un lance de honor entre Miranda y Máximo Argüelles, por causas que los padrinos si conocen no revelarán nunca, y un hombre, Miranda, esgrimidor diestro, que se hace atravesar por la espada de su adversario.

tiene en su país de origen, bailada por los negros de los Estados del Sur de la Unión americana.

Allí el *Cake-Walk* (danza de la torta) es un verdadero concurso, un torneo, en el que se disputa como premio una torta enorme y que se celebra al aire libre, á no ser que el mal tiempo obligue á los artistas y á los espectadores á refugiarse bajo techado. Instalados los jueces en la tribuna, al pie de la cual se ostenta el premio codiciado, lánzanse las pa-

El paso característico del *Cake-Walk* evoca la imagen de un perro á quien se obligase á mantenerse de pie sobre sus patas traseras: el bailarín avanza dando saltitos, con las manos recogidas sobre el pecho y ejecutando las contorsiones más violentas y exageradas, al son de una música extraña que ejecutan los tocadores de *banjo*.

Ya se comprenderá que el *Cake Walk* que se baila en los cafés conciertos de París dista mucho de



El Cake-Walk en París (de fotografías remitidas por Branger-Doyé)

El desenlace, por lo menos, no podrán ustedes decir que ha sido vulgar.

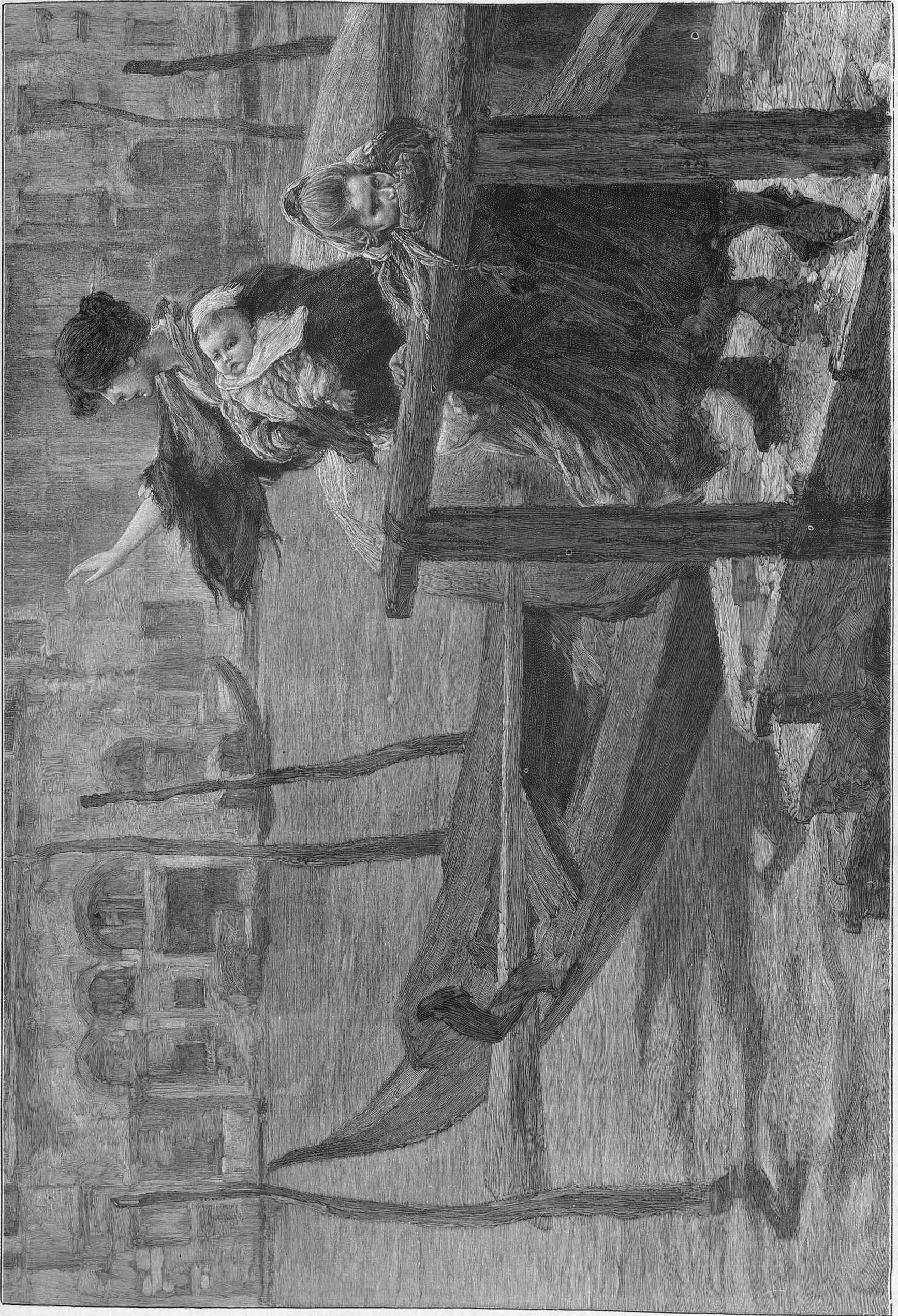
EMILIO DUGI.

rejas al baile, que consiste en una serie de movimientos, saltos, gestos y actitudes no sujetos á ninguna regla fija. Los bailarines se mueven á su antojo,

ser esto; en cuanto al que se ejecuta en algunos salones, bien puede afirmarse que apenas es una reminiscencia de la verdadera danza de los negros. - M.



ZAPATERO DE VIEJO, cuadro de Max Liebermann



¡EH, GONDOLERO!. cuadro de Alejandro Mileti

NUESTROS GRABADOS

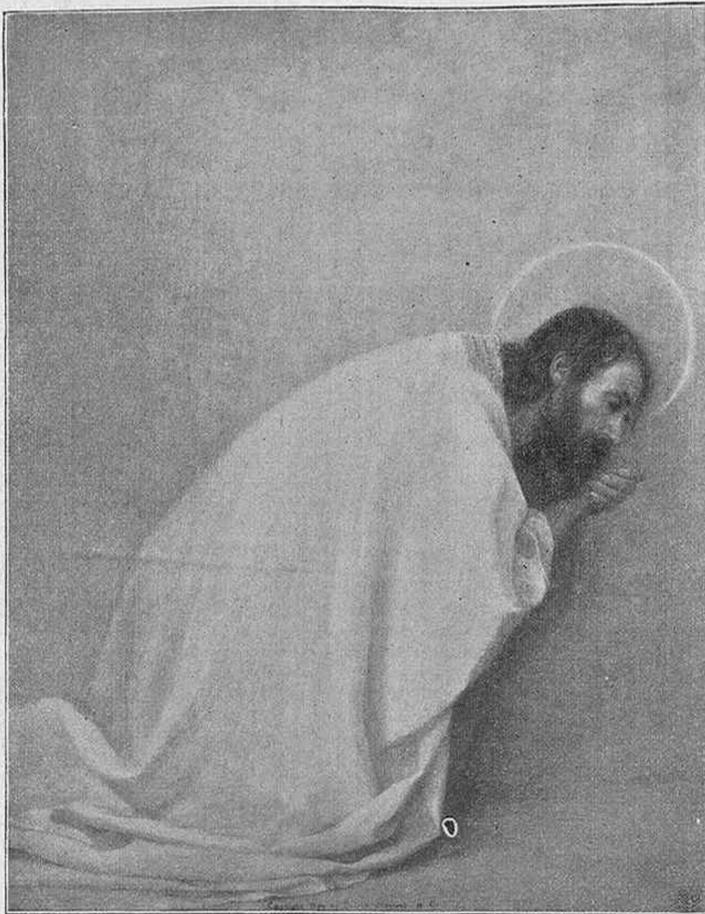
La novia, fragmento del cuadro «La luna de miel» de Julio Borrell. — No es esta la primera vez que nos ocupamos del notable pintor catalán que, muy joven todavía, se ha conquistado un puesto eminente en el mundo del arte. En él se aúnan una imaginación potente y un gran espíritu reflexivo, cualidades que le permiten sobresalir, así en los cuadros en que sólo habla el alma como en aquellos en los cuales la mano obediente traslada al lienzo una escena de costumbres admirablemente vista y profundamente observada: en los primeros prevalecen el concepto inspirado por la pasión, los toques enérgicos, los trazos vigorosos, los grandes contrastes de claroscuro; en los segundos brillan la naturalidad más portentosa y una ejecución firme, sobria ó delicada según los asuntos, pero siempre dentro de la realidad; mas ni en unos ni en otros aparece nunca el efecto rebuscado, ya que Julio Borrell, adorador ferviente de la verdad, jamás apela á esos recursos artificiosos que si de momento deslumbran al vulgo, tarde ó temprano caen por su base y acaban por ser completamente olvidados. El bellísimo busto que reproducimos en el presente número, fragmento del cuadro *La luna de miel*, es de una fuerza expresiva superior á todo encomio y está pintado con tal perfección y cariño que por sí solo bastaría para hacer la reputación de un artista.

En la campiña, cuadro de Souza Pinto. — Tiene este pintor una afición marcada por los asuntos cuyos protagonistas son los niños. Si nuestros lectores recuerdan los cuadros suyos que hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, verán que en casi todos ellos se concede un puesto preferente á la infancia, pero no á la que crece en ricas viviendas, sino á la que se desarrolla al aire libre, en las orillas del mar ó á la sombra de los bosques. Juntando, pues, estos dos elementos, la niñez y la naturaleza, que tan admirablemente se prestan á bellas combinaciones, logra Souza Pinto efectos tan delicados como el que ha obtenido en su lienzo *En la campiña*, en el que la infantil pareja que respira salud y contento y el hermoso paisaje cubierto de las galas de la primavera forman un conjunto lleno de dulce poesía.

Marino precoz, cuadro de José Israels. — En el número 1.091 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos el cuadro del mismo autor *La cena del obrero*, y entonces expusimos el juicio que sus obras han merecido de la crítica, señalando como su cualidad principal la naturalidad, la ausencia de todo efectismo. Y lo que entonces dijimos pueden verlo nuestros lectores confirmado en el cuadro que en la página 222 reproducimos, de una sencillez extraordinaria, pero asimismo de una verdad encantadora: el mar, el cielo, las figuras, todo en él está observado directamente del natural, sin que el artista haya puesto de su parte nada para embellecer artificialmente la impresión que la realidad le produjo.

Zapatero de viejo, cuadro de Max Liebermann. — En poco tiempo nos hemos ocupado varias veces de este notabilísimo pintor alemán, con motivo de la reproducción de algunos de sus principales lienzos. Excusado nos parece, por consiguiente, repetir lo que en otras ocasiones hemos dicho, y únicamente llamaremos la atención de nuestros lectores sobre el vigor con que están trazadas las figuras del zapatero y del aprendiz y sobre el carácter eminentemente realista del cuadro, detalle tanto más digno de notarse cuanto que esta obra fué pintada hace veintidós años, es decir, cuando aún se tachaba de revolucionarios á los que, rompiendo las trabas de la rutina se lanzaban á procedimientos totalmente en pugna con los cánones entonces vigentes.

á que nos hemos referido. Por esto la impresión que su lienzo nos causa es más intensa, porque es para nosotros más nueva y porque esta manera de ver del artista corresponde á un estado de ánimo altamente humano y traduce un sentimiento que, gracias á la maestría de su pincel, se transmite íntegro á los que contemplan su obra.



JESUCRISTO EN ORACIÓN, cuadro de Eugenio Burnand

Jesucristo en oración, cuadro de Eugenio Burnand. — Sea porque hoy no se sienta la fe con la misma intensidad que en otros tiempos; sea porque hasta en la pintura religiosa han influido las modernas tendencias realistas, es lo cierto que los pintores que á este género se dedican se apartan, en su mayoría, por completo de lo que hicieron los grandes maestros del arte cristiano, concediendo al elemento humano una importancia que no tenía. El cuadro del suizo Burnand es una prueba de ello: la figura de Jesucristo, por otra parte magistralmente trazada, despierta en nosotros la idea del Hombre más que la del Dios, lo cual en nada perjudica al valor de la obra que, mirada desde el punto de vista técnico, no presenta ningún punto vulnerable á la crítica.

Pietà, cuadro de Luis Corinth. — Si nuestros lectores examinan el cuadro *Elly* de este mismo autor, que publi-

forman parte las típles señoras Giudice, Longhi y Gresler, y los señores Utor, Vilalta y Gnacarini. En Novedades actúa una excelente compañía italiana bajo la dirección del notable actor Sr. Zaccani.

En el Principal ha dado dos conciertos el eminente pianista Eduardo Risler, que en todas las piezas que tocó obtuvo entusiastas aplausos por la maestría con que interpreta los grandes maestros y por su ejecución brillante y expresiva. El segundo concierto que en Novedades dieron Vidiella y Ribera fué, como el anterior, una serie de ovaciones para ambos artistas; el primero ejecutó con su habitual maestría, acompañado por la orquesta, un concierto de Weber y una Polonesa de Chopín; el segundo dirigió de una manera admirable varios fragmentos de *Los maestros cantores*, de Wagner, en alguno de los cuales tomó parte el tenor señor Raventós, discípulo del Sr. Ribera, dotado de una voz agradable y sobre todo perfectamente educada. En el propio teatro ha dado dos conciertos la *Schola Cantorum* de París, de los que en otro lugar de este número nos ocupamos: en esta sección diremos únicamente que el éxito obtenido por los cantores de Saint Gervais y por su director Sr. Bordes ha sido verdaderamente extraordinario.

— En el teatro de Monte Carlo, de Mónaco, se ha cantado con un éxito extraordinario *La Damnation de Faust*, desempeñando los papeles de Fausto, Margarita y Mefistófeles los eminentes artistas Tamagno, Emma Calvé y Renaud. Los coros y la orquesta se han portado admirablemente bajo la dirección de M. León Jehin y la presentación escénica ha sido superior á todo encomio por su lujo y sobre todo por su propiedad.

Bellas Artes. — VENECIA. — El Consejo Municipal de Venecia, que ha destinado ya 500.000 liras para la reconstrucción del famoso *Campanile*, ha votado recientemente 350.000 más para la conservación de varios monumentos de aquella ciudad, amenazados de ruina. De esta última cantidad, 50.000 liras son para reforzar y asegurar el campanario de San Stefano, que hace algún tiempo ofrece inminente peligro de derrumbarse, hasta el punto de que se había propuesto ya su demolición.

Necrología. — Han fallecido: Oscar Huguenin, escritor y dibujante suizo.

Gustavo Storm, historiador noruego, uno de los mejores conocedores de la antigüedad del Norte.
María Alinda Brunamonti, poetisa italiana.
Luis Gloss, escultor y pintor austriaco.
El príncipe Nicolás Mavrokordatos, diplomático griego.
Pedro Francisco Peters, pintor alemán.

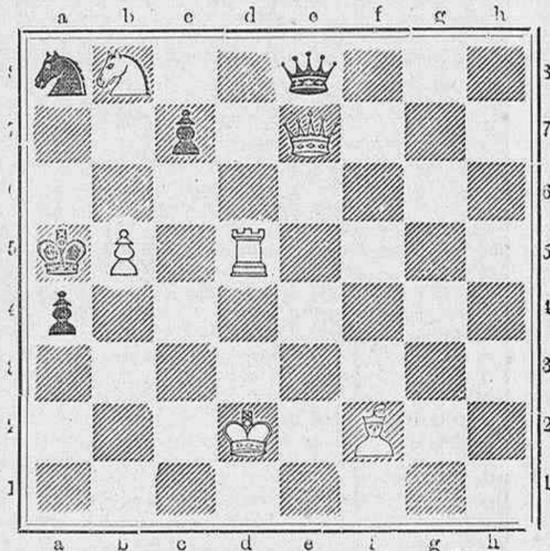
Las grandes artistas han adoptado, así para la ciudad como para el teatro, la **CREMA SIMÓN**, cuyo agradable empleo reemplaza ventajosamente al antiguo cold-cream; rehúsen las imitaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 319, POR V. KOSEK.

1.ª mención del Concurso de *La Stratégie*, sección A.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 318, POR R. HOLLSTEIN.

- | | |
|-----------------|--------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. g3-g4 | 1. f6xe5 |
| 2. Dh3-h6 | 2. Rd4-d5 |
| 3. Dh6xe6 jaque | 3. Rd5xe6 d4 |
| 4. A ó D mate. | |

VARIANTES.

2. Rd4xd3; 3. Dh6-d2 jaq., etc.
2. Cc2juega; 3. Dh6-e3 jaq., etc.
1. f6-f5; 2. Ad3xc2, f5xe4; 3. Te5-e5, etc.
Rd4xe5; 3. Dh3-e3 jaq., etc.
1. h7juega; 2. Ad3xc2, Rd4xe5; 3. Dh3-e3 jaq., etc.
1. Cc2juega; 2. Dh3-e3 jaq., Rd4xe5; 3. f2-f4 jaq., etc.
1. Rd4xe5; 2. Dh3-g3 jaq., Rjuega; 3. Dg3-d6 mate.

MISCELÁNEA

Teatros. — Barcelona. — En el Eldorado se ha estrenado con buen éxito *Piquito de oro*, cuadro de costumbres andaluzas en un acto y tres cuadros, letra de A. Sáenz, música de los maestros Barrera y Guervós. En el Tívoli funciona una buena compañía de ópera dirigida por el maestro Vehils y de la que



MEDALLA DE GUTENBERG, creada por el Instituto de Francia para premio de trabajos de imprenta Modelada por León Deschamps y acuñada en la Fábrica de Moneda de París

Medalla de Gutemberg, modelada por León Deschamps. — El Instituto de Francia acaba de crear esta medalla para que sirva de recompensa á los trabajos de imprenta por él premiados. En el anverso está el busto de Gutemberg y en el reverso la primitiva máquina de imprimir con la leyenda *La lumière fut* (la luz se hizo); uno y otra modelados con gran vigor. Es una obra que honra al escultor Deschamps y á la Casa de Moneda de París, que la ha acuñado.

¡Eh, gondolero!, cuadro de Alejandro Milesi. — Por lo general, los pintores que buscan inspiración en la interesante Venecia, nos presentan á la hermosa ciudad de las lagunas bañada por un sol espléndido que se destaca sobre el azul oscuro del cielo y se refleja en los canales, arrancando de sus tranquilas aguas destellos que semejan chispas de fuego. Milesi, el célebre artista veneciano, se ha apartado de este punto de vista que podríamos llamar tradicional, y en su lienzo *¡Eh, gondolero!* nos muestra á la perla del Adriático envuelta en una atmósfera gris y sin ninguna de esas notas brillantes

Una alegre mañanita, jinete en su *Lobuno*

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS. — ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Esperó un rato, y viendo que el llanto no cesaba, se impacientó, exigiendo explicaciones categóricas, porque las lágrimas ni explican ni disculpan nada...

— ¡Dios mío!, murmuró la joven. ¿Qué puedo yo explicar á usted?

Bien que conocía ella á Josecito. Por cualquier cosa se atufaba, tan desconfiado de todo, que le alucinaba la misma verdad; una palabra inocente, un mohín involuntario, descomponíanle y trastornaban. Pues eso, eso, no sabía cuándo, ni cómo, ni por qué. Llevaba seis días de berrinche, sin atender á razones. Ella hacía lo que podía; más de lo que podía, por atraerle, por convencerle. Si leía la señora abuela dentro de su alma, según dijo, ¿cómo no descubriría aquellas sus intenciones sinceras de cumplir todos los deberes á que se había obligado, de labrar la felicidad de su marido, y obedecer todas las campanadas del reloj de la casa? Sí, sí. En otras cosas más hondas, en la pretensión de remover sus sentimientos y examinarlos como un confesor, ahí nadie tenía derecho á llegar, porque ella tampoco lo consentiría. Juzgáranla por sus hechos y dejasen en paz su conciencia.

— Te despachas de lo lindo, interrumpió ásperamente misia Justa; entre sollozo y suspiro das el araño. Pero á mí no me tocas. Capaz eres de creer que te hemos casado á la fuerza, que has aceptado el lazo de Esquendo, que importa una gran fortuna, sacrificándote. El aire de víctima te sienta y lo explotas, porque lo sabes. Todavía va á resultar que nos has hecho un gran favor. Gracias, hija mía, muchas gracias. Como si no supiéramos todos á qué atenemos... Lástima que María Josefa, tu madre, haya muerto, y tu padre D. Juan, aquel inglés de los misterios y las nebulosidades, no se halle presente, para que declararan si soñaron jamás casar á su hija con un Esquendo. Pues sí: aquí la tenemos secuestrada, tiranizada, hecha un mar de lágrimas, á esta alteza real de Barracas, á quien hemos sacado de entre los fardos de lana sin corona, y poco menos que sin camisa; la fortuna, el lujo, todo es poco para ella, y sin embargo, mírenla ustedes, cualquiera diría que la matamos de hambre y á disgustos. Que no lo sepa tu hermano, pues todavía puede

venir á interpelarnos, y ¡figúrate!, ¿qué le responderíamos?

Rióse con cruel ironía, mientras la otra protestaba:

— ¿Por qué me dice usted estas cosas? No tiene usted razón de agraviarme, no.

— Pero, hija mía, exclamó misia Justa, ¿de cuándo acá la verdad es una ofensa?

Y la verdad patente era que no demostraba ni gusto ni gratitud por la honra que se le había dispensado. Su conducta daba ya lugar á habladerías entre la servidumbre, y no tardaría en correr en gacillas malévolas por la ciudad, cosa que ella, la abuela, estaba decidida á evitar á todo trance, sofocando el germen de los chismes. Por sabido callaba que hasta Barracas llegó la fama de perversa, de ogra, ó poco menos, que la daban; pues bien, lo sería en este caso que la felicidad de su nieto y el honor de la familia hallábanse interesados. De manera que, lo primero que su *querida hija* tenía que hacer era componer la cara y el humor, buscar al marido y desenojarle luego, someterse á lo que él quisiera y acompañarle donde él quisiera, que así lo mandan Dios y San Pablo, y por último, prestar buen oído al reloj de la casa... ¡Afortunadamente, había llegado á tiempo!

Se puso de pie. Tan alta parecía, en su rigidez de tiránica superioridad, que Victoria, sin alzar la cabeza no veía su cara de hermosa imagen, avejentada y severa.

— ¡Anda!, dijo la abuela, por hoy es bastante. No olvides lo que te he dicho y cuidado: ¡yo vigilo!

La empujó después de besarla, caricia de pura etiqueta que la enfrió la piel, y desapareció sin que Victoria supiera por dónde, aunque bien podía asegurar que no fué por resquicio ni hendedura de pared. Oyó cuchichear muy cerca, las voces de la abuela, de D. Fabio y de Melchora, y supuso que hablaban de ella, comentando los pormenores de la reciente conferencia; afuera cantaban las chicharras en medio de la calma de la siesta... Aturdida y confusa permaneció Victoria en el diván. ¡Ay! ¡Qué desamparo el suyo! ¡Y Ladislao que no venía, ni doña Mónica! Todos la olvidaban, abandonábanla

á merced de los rencores y suspicacias de aquella familia que nunca miraría como suya, con la que jamás entablaría intimidad ni haría confianza. ¡Sola, sola! ¡Prisionera, víctima infeliz de mezquinos intereses, recluída allí en aquella cárcel magnífica para pasto de un amor odioso! ¡Contados sus pasos, analizadas sus palabras, sondeadas sus intenciones, ahrojada perpetuamente á la jurisdicción inquisitorial de misia Justita González!

Había cesado el cuchicheo, y se aventuró á salir del *hall* y cruzar el pasillo, á tiempo que el padre Celedonio, que del comedor salía á su vez, con andar gatuno, la tropezó y detuvo.

— He venido por el bicarbonato, dijo el capellán muy bajito; en estando aquí la señora Justa, mala digestión tenemos y gasto de bicarbonato por arrobas. Nosotros, con permiso de usted, la llamamos la *Nerona*, porque, á la verdad, es un trasunto de aquel personaje, si no tiene algún parentesco. Ya verá usted: ahora ha sido porque usted no bajó á tiempo, pues esta noche será por pitos y mañana por flautas, y lo mismo en todas las comidas; pretextos no le faltan para turbarnos las digestiones, y así estoy yo que, en los cuatro años que llevo en la casa, no ha habido día que no se me agriara el alimento. ¡Ay, señora Victoria! ¡Y pensar que estos revoltijos de bilis preparan las enfermedades y la muerte! ¡De estos dimes y diretes comineros, causas mínimas, vienen las malas digestiones, que repetidas á diario le pierden á usted el estómago, y á la larga hacen impotente al mismísimo bicarbonato! ¡Señora Victoria, por la espina de Santa Rita bendita, que no nos falte usted esta tarde al dar la media de las siete!

— ¡Ya, ya!, agregó notando en el resignado silencio de la joven benevolencia y deseo de confianza. Cuando la señora mayor está en casa, los síntomas son mortales: así, pasamos unos veranitos realmente insoportables. La señorita Clotilde ha sufrido un soponcio, de resultados del almuerzo, y eso que ya lleva también sus buenos chubascos recibidos; pero ¿qué quiere usted?, ¡el pan nuestro!.. Yo, con mis años, y ella con su pobreza vergonzante... ¡Más padeció nuestro divino Redentor!.. ¡Estábamos tan bien solos, señora Victoria!

No respondía ésta sino con suspiros; y mordido D. Celedonio del mal deseo de dar gusto á la lengua, la soltó en obsequio de la primera víctima de la mañana. ¡Virgen santísima del Carmen, si allí hasta para respirar había que pedir permiso á la señora Justa! El mejor barómetro era la cara de misia Justa, que anunciaba buen ó mal tiempo encapotando ó desarrugando el gesto, y á veces, en pleno sol, despachaba una granizada que quitaba el sentido. Pues ¿y de joven? Decía Donato, el piamontés, uno de los primeros pobladores de la estancia, que era lo mismo, quizás peor: montaba á caballo en pelo, boleaba avestruces, pialaba y ejecutaba todas las faenas campesinas como el gaucho más atroz. ¡Un hombre!, ¡un hombre! salvo el sexo, gráfico disparete que retrataba admirablemente á la señora Justa. ¡Ah! ¡Cuánto podría contar, si tuviera tiempo y su estómago se lo permitiese!

— ¡Señora Victoria de mi alma!, insistió, que no nos falte usted esta tarde. Y si desea usted pasarlo aquí medianamente, haga buen acopio de paciencia y de bicarbonato.

Iba á marcharse, escabulléndose como felino que retorna á su madriguera, y se volvió nuevamente. ¿Sabía que al día siguiente comenzaba la novena de la Purísima? Pues sí, y con todo el esplendor acostumbrado, porque, en rigor de verdad y mal genio aparte, la señora mayor era muy mano abierta en general y particularmente en lo relativo al culto. ¡Qué función de la Purísima! ¡Qué derroche de incienso, de flores y de cera! Del mismo Trigal venían muchos vecinos, y el cura, D. Ignacio Churrigorria, enfermaba de celos el pobre señor...

— Si á usted la parece bien, baje luego á la capilla, que entre usted y la señora Melchora arreglarán el altar. Y siempre que en la capilla quiera refugiarse, si la llave no está puesta, mande por mí que, como mis piernas no dan para muchos trotes, ó he de hallarme recogido en mi habitación ó no andaré lejos... Distráigase usted, señora Victoria, y no preste á lo de ahora más importancia que la que tiene. Eso sucederá todos los días: sólo cambia el beneficiado. ¡Ay! ¡Qué flato más ardiente!

La joven sonrió con tristeza, y escapóse el viejo, á la vez que en el piso principal sonaban alaridos y por la escalera abajo se despeñaba Pastorita, perseguida de cerca en castigo de alguna de sus infinitas y varoniles travesuras. ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!, ¿estarán seguros?

D. Celedonio atravesó la plazoleta y se dirigió á la capilla, á cuya espalda arrimada estaba la bonita caseta que él habitaba solo, compuesta de tres piezas muy amplias y bien alhajadas, con ventanas sobre el parque; llegó á ella corrido por el calor y el susto, pues á pesar del solideo y el lienzo que echó sobre la cabeza, el sol le derretió los sesos, ó á él pareció que los traía derretidos y los nervios de punta á causa del estruendo de la casa. Seguían cantando las chicharras, y los chicos de la escuela vecina, bajo la férula de Clotilde, se ejercitaban en la tabla á coro: dos por una, dos; dos por dos, cuatro; dos por tres, seis...

De una alacena, ya en la fresca y sombreada pieza que le servía de despacho, sacó el capellán la botella del agua y un vaso, echó la narigada de bicarbonato, revolvió el brebaje y se lo zampó de un trago, con gestos de desagrado y asco. Entonces observó que pasaba ante la ventana un mozalbete á caballo, vestido como los señoritos de pueblo, es decir, de pantalón largo y chaqueta, botines de elástico, pañuelo al cuello y chambergo, un *compadrito* muy garboso, en quien reconoció al hijo del Juez de paz del Trigal, Alejo Pardales, que venía de visita ó de merodeo, sabiendo, como sabía el curioso capellán, que las gracias de la señorita Clotilde le interesaban más que los libros, y en sus vacaciones se ocupaba más en rondarla que en el repaso de mal aprendidos programas. Le dió el alto con un ¡hola! oportuno y corrió á la ventana, sobre cuyos floridos barrotes se apoyó para preguntar al contrariado jinete:

— ¿Qué te trae, Alejito, á estas horas? ¡Ponte á la sombra, muchacho, que vas á pillar una fiebre! ¿Sabes que ya tenemos en casa al pampero en forma de la señora Justa, y ya ha habido su terremoto, en comparación del cual el de la Martinica es torta y pan pintado? Pues si te sorprende, te luces, Alejito. ¿A qué vienes?

— Vengo, contestó el estudiante vuelto siempre del lado de la escuela, vengo á dar un recado al señor D. Fabio.

— ¡Ah!, ya; seguramente tu padre ha encontrado la pista del *Mandinga*, el gaucho malo, terror de estos campos trigaleños...

— Eso que lo descubra Herminia, la mayor de Donato, que es la prenda del *Mandinga*, ó su padre

no Camilo. No, señor capellán; el recado que traigo es que se preparen ustedes á recibir á la langosta, porque tenemos noticias telegráficas de que ha caído en Ombú una buena manga.

— ¡San Antonio nos favorezca! ¡En Ombú! ¡Y poco que hallará aquí que devorar la indina! ¡Buena noticia para D. Fabio! Ahora estará durmiendo la siesta... ¿Quieres esperarle? Entra y descansarás.

— Sí, le esperaré; pero no entro, muchas gracias; aquí se respira mejor.

— ¡Que se ha de respirar mejor! Vapor de plomo derretido, atmósfera del infierno... ¡Alejito, Alejito! A ti no te gustarán los libros; pero los maestros, digo, las maestras...

Sonrió el buen mozo y en el pabellón de la escuela clavó la mirada, en aquella hermosa jaula asentada entre la verdura donde los humanos pajarillos, al compás de las chicharras, piaban: cinco por una, cinco; cinco por dos, diez; cinco por tres, quince; cinco por cuatro, veinte..., himno monótono que parecía una oración.

III

A principios de Diciembre dió comienzo la siega. Como aquellos capitanes que en la historia pasan por grandes y fueron segadores de vidas, D. Fabio, al frente de su regular ejército de peones, y en línea de batalla las poderosas máquinas que llamaremos de paz, inició la fructífera campaña, una alegre mananita, jinete en su *Lobuno*, cuyos cascotes, al revés de los del corcel famoso, allí donde se posaban hacían crecer la hierba.

Coincidió con esta faena, que regocijaba la casa entera, la primera visita de Ladislao Stuart á su hermana; y aquella marcha triunfal entre la cortada mies, y al son de la portentosa maquinaria, renovó su satisfacción por el logrado objeto de sus ambiciones, saludando así, desde el carricoche que le traía, al general que tan hábilmente dirigía las rurales maniobras:

— Amigo Esquendo, ¡esto es un prodigio!

Prodigio era, en efecto, y mayor que cuanto él imaginara. Descolorido el rostro, de corrección femenina, espeluznados los mostachos rubios, esbelto, con su traje de campo irreprochable, paseaba sus ojos garzos por el contorno; mirada de amo futuro que calcula y descifra el porvenir.

Bajo el sol ardiente, entre la lluvia de oro, el gran D. Fabio avanzaba por el camino, agitando el chambergo, que descubría su cabezota morisca, erguido sobre el caballo con magnífica apostura; rodaban las segadoras á ambos lados: tres del uno y tres del otro; en el alto pescante de una de ellas Regino, el oficial, diré, de la compañía, y sobre otra el capataz, D. Patricio, un criollo viejo y robusto aún, antiguo colaborador de D. Fabio, á quien tengo el agrado de presentar á ustedes..., abatiéndose á su paso mansamente los trigos, que sobre el campo quedaban en apretadas gavillas, como si la mano del hombre las hubiera formado. Los gritos de *teros*, de urracas y de loros, en la mañana esplendorosa, parecían celebrar la alegre fiesta del trabajo.

Llegó D. Fabio, y el del carricoche le asió la mano con mucho afecto; él sonreía, orgulloso, y como el Creador, tendía la derecha mano para señalar en torno, ademán suyo habitual, diciendo sin palabras: «¡He aquí mi obra!» Dióle la bienvenida y le acompañó largo trecho, hablando de la operación que se efectuaba, de la opima cosecha y de sus rendimientos, del temor de que aquel mal enemigo, la langosta, levantara sus reales de Ombú y se corriera hacia acá: en el maíz, tierno aún, y en las hortalizas, podía hacer grave daño. Cuantas precauciones aconseja la práctica se habían adoptado; pero ante una manga tan espesa que cubre el mismo sol, ¿cómo defenderse? Contrariado de la proximidad del peligro, daba suaves rebencazos al *Lobuno*. Ladislao preguntó con mucha timidez:

— ¿Y Victoria?

El gesto que contrajo la apacible fisonomía de D. Fabio, ¿fue por causa del asunto que trataba ó de la pregunta? Ladislao lo notó, y esperó lleno de zozobra la respuesta. ¿Habría la hermana hecho sentir sus repugnancias á la familia y existirían ya disgusto general, rozamientos, guerra declarada?

— Victoria, contestó Esquendo muy despacio, está buena... Creo, quiero creer, que contenta también. Ella se lo dirá á usted. Aquí no tiene más dificultad que ganar á mi madre, y á mi madre se la conquista á fuerza de tacto diplomático... Victoria es inteligente y la conquistará, de seguro. Aconséjela usted que tenga tacto, tacto sobre todo.

Algo oscura la respuesta, pareció á Ladislao, sin embargo, bastante clara; y no quiso insistir temiendo descubrir lo que sospechaba y guardábase á com-

probar en la conferencia á que sometería muy pronto á la muchacha. Echó, pues, la conversación por otro lado, diciendo:

— Sí, Victoria es una niña. Ya lo verán ustedes... ¿Sabe usted, amigo Esquendo, que las lanas están en alza?

Respecto del alza de las lanas discutieron mucho, del engorde del ganado, cierto proyecto de invernada y otros tópicos campesinos; y ya, cerca de los galpones, donde todo se preparaba para recibir el grano, despidióse D. Fabio y volvió grupas al campo, donde la voz de D. Patricio le reclamaba. Muy preocupado con aquel gesto y la breve respuesta de D. Fabio, Ladislao, lejos de observar lo que por primera vez contemplaba, se reconcentró en la ingrata idea de que las chiquilladas y tonterías de Victoria amenazaban hacer fracasar los proyectos de engrandecimiento de la casa de Stuart, que ya creía realizados con una boda que tantos dolores de cabeza le produjo; era preciso tirar de las orejas á Victoria, darla á entender que de su absoluta pasividad, de su completo sacrificio, dependía la fortuna presente y futura de los Stuart. Estúpido era que por el capricho de una niña sin seso se perdiera todo, la prosperidad de su comercio, el goce actual de riquezas inmensas, la herencia probable del dominio en que estaba... ¡Estúpido!, ¡completamente estúpido!, ¡bah!, ¡como si la costara tanto dejarse querer de Josecito! Otros peores hay y no falta quien los quiera; al fin y al cabo la mujer es un instrumento...

Al ruido de las colleras del carricoche salieron de la lechería dos chicas, producto primoroso de la mezcla de sangre criolla é italiana, y con ellas otras más, no tan agraciadas, que en el amplio local, de recomendable limpieza, entre los fregados cántaros y la espuma de la crema trabajaban al son de gorjeos y batidores; alborotáronse, asimismo, los chicos que correteaban por el parque en bandadas, y Pastorita, colgada de una rama, como una mona del rabo, suspendió los volatines para anunciar al extranjero con chillidos de alarma.

Descendió en la plazoleta Ladislao, y vió que salían á recibirle la señora Justa, Melchora y Victoria, la señora Justa en medio, aventajando á las otras su figura soberbia de generala que se siente tal y gusta de hacerlo sentir, y de bracerero con ella la regordeta Melchora, cuyos andares remedaban los del pato divinamente, y Victoria, luciendo en el bonito vestido de muselina blanca un cinturón color de rosa.

Sorprendióse el hermano de aquello, y apenas supo disimular, con vulgares frases de cortesía, el efecto del consorcio de las tres damas, íntimo al parecer y cariñosamente familiar. Misia Justa dijo:

— Sr. Stuart, me alegro mucho de su visita. Aquí tiene usted á nuestra Victoria, tan contenta, ¿verdad, hija?.

Para explicar cómo la visita fraternal no produjo en la recién casada la explosión de afectos que debía esperarse, bastará indicar que la política dictatorial de misia Justa, aplanando su ánimo, en pocos días la sojuzgó y redujo á una pieza más del aparato de relojería de que era ella el péndulo. Sí, Victoria se entregó sin luchar, convencida de lo irremediable de su situación, y entraba al comedor y salía á la hora marcada por la tirana; hasta se la vió pasear con Josecito, figurando para todos la pareja de enamorados más feliz del mundo, resultado que en parte debía también á la intervención oficiosa de D. Fabio. No por esto eran las digestiones (según confesión del insigne astur D. Celedonio) todo lo fáciles que la buena alimentación prometía; pero, al menos, la correcta actitud de la inglesa evitó iguales disgustos y escándalos mayores.

Así recibió ella con mucha dignidad al hermano, y á sus preguntas contestó afirmando que si no podía llamarse dichosa, puesto que faltarla nada la faltaba y fuera injusticia declarar lo contrario, hacía todo lo posible por serlo y parecerlo; en la glorieta donde estaban solos (después de recorrer y admirar las dependencias todas de la finca) sentados en un banco lado á lado, estrechaba Ladislao á la hermanita para arrancarle alguna frase en consonancia con las repugnancias, vacilaciones y negativas que precedieron á la boda, y ella, gravemente, insistió:

— Te digo que hago lo posible por ser dichosa, ¿qué más quieres?

Ladislao, entonces, la abrazó. ¡Dichosa! ¡Cómo no serlo en medio de aquella magnificencia, si como á reina y señora la juraban todos! Dichosa tal y como había él deseado hacerla, en su sabia previsión de hombre práctico. ¿A que no miraba ya con los mismos ojos los defectos del marido? Educada su voluntad, día vendría en que no distinguiera sombra de ellos y dudase si los tuvo alguna vez, juzgándolo todo al tenor de su conveniencia y con entera abs-

tracción de cuanto la perjudicara. ¡Dichoso era él también! ¿Sabía que por milagro de aquella boda su Barraca iba en camino de la prosperidad, eficazmente ayudada por la influencia omnipotente de los Esquendo? ¿Y que el nombre de Stuart en el mercado se cotizaba ya muy alto, gracias á la misma causa? Pues, retornar á las tontunas sentimentales, parar mientes en físicos encantos que para nada el varón necesita, en sordera de más ó chispa de menos, y la conquistada posición se comprometía, perdiéndose miserablemente. ¡La verdad, la verdad, Victoria!, repitió.

— Yo hago lo posible, haré lo posible. No quiero que mañana me acuses de torpe, de niña ó de loca. A veces, ¿cómo no?, me cuesta, estoy á punto de sublevarme, pero me sé contener, me sé dominar, y pasa el trago. Ya sé que debemos hacernos prácticos; ¡el comercio, tu comercio ante todo!

Había amargura é ironía en su respuesta; pero no la dejaba traslucir ó el otro no lo entendía. No lo entendió, ni sospechó de la comedia en los dos agradables días que pasó de huésped en *La Justa*; y viéndola, á todas horas, ya con la abuela, ya con Melchora, el tío y Josecito, en trato sereno y afabilísimo en apariencia, se convenció de que lo pasado eran sueños y vapores de niña histérica ó mimada, y que había logrado infiltrar en ella todo su espíritu práctico y de moderno cuño. Tornó á Barracas contentísimo y orgulloso, llevando la impresión del magnífico dominio de los Esquendo, y de la felicidad de Victoria, á la que había contribuído con sus esfuerzos; y como el mozo era aprovechado y nada hacía de balde, se trajo también buenas consignaciones que le dió D. Fabio y aumentaban las entradas de su negocio. Muy contento, pues, permitió á doña Mónica fuera de visita á *La Justa*, donde no quiso se presentara antes por temor de que con sus lloriqueos y sensiblerías lo echara todo á perder, exacerbando la nostalgia de Victoria, y que con ella marchase *Boy*, el perro danés, éste para quedarse al lado de su ama, conforme se lo había prometido.

¡Ay! Todas las lágrimas contenidas durante la temporada derramó Victoria en el surco de las mejillas de doña Mónica y sobre la cabeza de su favorito. Libre de testigos extraños, incluso Pastorita, la centinela y espía que misia Justa la había impuesto, podía desahogar su pena y la desahogó sin rebozo, abrazada al cuello de la vieja sirvienta, que era y merecía ser su madre. «¡Ah, Mónica del alma!» Este reclamo lastimoso decía más que todas las quejas, y la pobre mujer se echó á llorar también, y llorando las dos se pasaron amargo rato en la intimidad de la rosada alcoba nupcial, delante del soberbio perrazo impasible.

Limpiábase doña Mónica los ojillos, hipando desconsolada. ¡Si ya se lo sospechaba ella que cuanto fué carareando el egoísta de Ladislao era pura mentira y bobería! ¡Qué dicha ni qué berenjenas iban á proporcionar en aquella casa á la niña de sus entrañas (que como á tal la miraba)! ¡Ay! ¡Lástima de pimpollo, de botón de oro, en manos de aquel tilingo de siete suelas! ¿Por qué cedió? ¡A ver! ¿Por qué no hizo caso, á tiempo, de sus buenos consejos?

— ¡Mónica, Moniquita de mi alma, sollozaba Victoria, soy muy desgraciada! ¡Y lo peor es que ya no tiene remedio!

— ¡Qué ha de tener remedio! Ninguno, ninguno.

— A ti te lo puedo confesar, Moniquita. ¡Rabiando estaba por decírtelo! Te lo diré al oído, para que ni *Boy* lo oiga: cada día me parece más feo, y más estúpido, y más repugnante. ¡Dios mío! Y es malo que así me lo parezca; pero ¿qué culpa tengo de que él sea así? Me combató á mí misma, cierrro los ojos..., ¡nada!, es pretender hacer pasar una píldora como un caramelo. No lo paso, no lo trago... ¡Ay, Mónica!

— Lo que merecía Ladislao, él que se metió á casamentero, era que le pusieran en tu lugar á ver qué tal le probaba... ¿Y la señora mayor? Por supuesto, tan amable...

— ¡Ay, Mónica! Así, en un puño. Es una *Nerona*, como dice D. Celedonio.

— ¡Claro, un sargentón con aire de ángel! También te lo previne á tiempo, pues fama tiene... ¡Hija, nos hemos lucido!

Mejor expresaba la cara avellanada de doña Mónica el dolor y la ira producidos por las confidencias de su niña, que cuanto se atrevía á hablar; pues á fin de burlar la sospechada vigilancia exterior, con

visajes entendíanse ambas, lánguidamente desmayada en una butaca Victoria, y la vieja arrodillada sobre la estera. Y el menear de la cabeza, las manos que se plegaban, los sollozos y los suspiros, eran claro lenguaje para tan triste historia, que en todos sus detalles se contó y relató de nuevo, con desesperación mayor de la señora, á medida que escuchándolos iba y comentando. ¡Buena la habían hecho! ¡Ah, si la señora María Josefa levantara la cabeza!

¿Qué remedio quedaba ya? ¡Ninguno! Pero, sí, había uno... ¡Uno! ¿Cuál? No, si no podía ser... Sí, uno, el único: separarse de la suegra ó de la abuela,



Te digo que hago lo posible por ser dichosa, ¿qué más quieres?

que era peor que todas las suegras juntas, vivir aparte, ¡el casado casa quiere! Así haría su santa voluntad, se evitaba la diaria y sistemática contradicción de todos sus gustos, que, á la postre, se resuelve en abierta rebelión y guerra á muerte, y los alfilerazos de cada hora, de cada minuto, que se enconan y sangran como heridas profundas. Ella, la querida niña de sus ojos, no estaba acostumbrada á que la trataran así. ¡Pobrecita! Una flor no se cuida con más mimo que ella lo fué..., ¡para caer en semejantes manos! Todo por culpa de Ladislao, de su interés maldito, de los pesos miserables... La verdad, sí, señora, ¿y qué? Al mismo Ladislao se lo tenía dicho, usando de la confianza que sus antiguos servicios le permitían en la casa. La habían vendido á su niña como una esclava. ¡Virgen Santísima! ¿Les faltaba, acaso, qué comer? ¿Les faltó nunca, tampoco? Pues, entonces, ¿por qué entregar á la niña y traficar con ella de modo tan feo? ¡Qué hombres, qué costumbres y qué leyes! Antes de salir, Ladislao le había dicho: «¡A ver si vas á soliviantarla con tus gazmoñerías, Mónica! Ten cuidado, porque no te dejaré volver á verla. Te conozco y te temo. Aconséjala que se someta, que se aguante...»

Pues no, no la aconsejaría semejante cosa, así no la viera más, que sería lo mismo que cegarla y quitarla la vida. Que se defendiera, que resistiera con dignidad, que no consintiera en que la sobajasen, á ella, ¡una Stuart! En llegando el otoño, á poner casita aparte, y así podría su Mónica ir á servirla, como siempre, y si ni la señora abuela ni el pazguato del marido querían, romper de una vez, separarse y tornar á Barracas, que más vale la paz servida en escudilla de barro que la guerra en fuente de plata.

Oía todo esto Victoria, palmeando la cabeza de *Boy*, turbios los ojos y haciendo gestos negativos.

— Es inútil, Mónica. Tu remedio me parece un disparate, ¡la separación sería el escándalo! ¿Quieres papel más triste que el de la mujer separada de su marido? No haberlo hecho, haberlo pensado mejor, haber tenido mayor entereza... Lo pago, lo estoy pagando... Tus razones me aturden por lo claras y sinceras, pero no hay remedio; lucharé, lucharé hasta que ya no pueda más... Cuéntame, Moniquita,

¿cómo están mis jazmines del balcón? Y mis canarios, ¿se acuerdan de mí? ¡Ay, no los veré más? De aquí me sacarán muerta; ¡y ojalá sea mañana!

Todo estaba cual ella lo dejó, las plantas, los pájaros, sus libros y sus muebles, esperando el regreso de la que aquel triste día de noviembre les abandonó, cubierta de tules blancos, cual si la muerte la arrebatara: en la sala, D. Juan y misia María Josefa la buscaban desde sus marcos dorados; los canarios, piando, la llamaban, y las flores, agitando en el balcón; el catalejo con que en la azotea sondeaba los misterios del gran río, su vecino, nadie lo había vuelto á tocar. ¡Lástima que no la descubriera otros misterios! El silencio y la tristeza reinaban en la casa: el mismo Ladislao no hacía su vida ordinaria, pues por no comer solo, comía fuera casi siempre y no paraba sino á las horas de oficina... En cuanto á ella, devorada de penas, acabaría por dejarse morir en un rincón.

Halló algún alivio Victoria en el recuerdo de los días pasados, y lloró más, sin embargo, transportada á su casita de Barracas, donde vivió libre y venturosa. ¡Qué cambio! ¡Cómo pasa todo! ¡Y cómo una palabra sola puede trastornar los destinos!

El campanazo del almuerzo cortó las expansiones, protestando furiosa doña Mónica de que á su niña la tuvieran sujeta á reglamento, lo mismo que á los presos de la cárcel. Y como Victoria chapuzara el lindo palmito en la jofaina, para refrescar los irritados ojos, se excedió en la expresión de su cólera, hasta exponerse á ser oída: ¡no faltaba otra cosa sino que la castigaran también, que la pegaran con un látigo por haber llorado ó por retrasarse un minuto en bajar... ¡Qué atroz tiranía! ¡Qué insufrible dominación! ¡Pobre niña Victoria de sus entrañas!..

El que *Boy* se quedara en su compañía aminó el sentimiento de Victoria por la partida de doña Mónica, la que se marchó aquella tarde muy quemada de la frialdad y recelo con que la trató misia Justa, en forma que dábale á comprender que bien haría en escasear sus visitas; y *Boy* se quedó con el real permiso de la señora abuela, pues tanto miedo había cobrado Victoria, que no se atreviera á guardarlo consigo si ella no lo consiente.

Fueron ambas visitas, por distintas razones, motivo de pesadumbre y melancolía para la joven, difícil de disimular ante el argos de la familia entera; la visión del pasado, aquella ráfaga de sus alegres días de soltera, que el hermano y doña Mónica la trajeron, entristecieronla tanto, que, como prisionero á quien se abandona en negra fortaleza y escucha el cerrojo y los pasos que se alejan, quiso gritar en demanda de perdón ó de lástima. No gritó, sin embargo, y toda acongojada, repasó su papel de sumisión, para no desbarrar y estropear el asunto...

Con quien ella demostraba más confianza y sincero agrado era con Clotilde, la maestra. Chica muy bien educada y modosa, Clotilde pertenecía á una familia de estas venidas á menos, que la necesidad ha obligado á hacer un oficio de las habilidades adquiridas para brillar en el mundo: muerto el padre, arruinado, la madre servía como ama de llaves en una casa grande, el hermano tocaba el violín en un teatro, y ella logró aquella plaza en *La Justa*, muy bien rentada, eso sí; allí pasaba todo el año, el invierno en compañía de D. Celedonio, cuyos reumas y catarros la daban mucha guerra, y dos criados, que, para asistirles, dejaba la familia; el verano, algo más distraída por las excursiones al Trigo y algún otro esparcimiento, que va á descubrirse pronto: esto, á pesar de que las ventoleras y exabruptos de sobremesa de misia Justa le alteraban mucho los nervios, y al cabo de la estación quedaba muy flaca y melancólica, quizá por causa también de que la inspiración poética que solía inflamarla adquiría más intensidad febril en el estío. Era bonita, de dorada piel, ojos dormidos y pelo negrísimo, con finuras y remilgos de marisabidilla y dejos orgullosos de honradez selvática. Habitaba la señorita de Pacés en la torre de la casa, una pieza ochavada con ventanaje sobre el parque, gracioso nido que ella se había fabricado, bastante alto para la más fácil comunicación con las estrellas y absoluto dominio del camino del Trigo. Allí soñaba, pulía sus versos inocentes, distraía su aburrimiento y escondía sus penas y sus esperanzas... Y allí acudía muchas veces la casadita infeliz, siempre que la dejaban libre.

(Continuará)

UN EJERCICIO PELIGROSO

Peligroso es, en efecto, el ejercicio que actualmente realizan en París dos ciclistas, uno en Olimpia y otro en el Casino de París. El primero, un norteamericano llamado Smithson, es realmente el inventor de este sorprendente espectáculo al que ha bautizado con el nombre de *Looping the loop* y que los franceses denominan «el paso del anillo» y también «el rompecabezas.»

Lanzado desde lo alto de una pista, que después de una gran pendiente se arrolla en espiral y termina en cuesta, el ciclista permanece unos instantes con la cabeza hacia abajo, cuando está en lo alto de la parte interior del anillo. Las velocidades medidas son: de 88 kilómetros por hora al entrar en la espiral, de 30 en lo alto de la misma, de 85 en el descenso y de 50 en la parada.

Cuando Smithson se presentó ante el público de Londres, fueron muchos los que creyeron que en lo que hacía había trampa, como vulgarmente se dice, y hasta hubo un periódico importante que ofreció una cantidad no despreciable al que la descubriera y divulgara. Y sin embargo, el *Looping the loop* es un ejercicio basado en un principio científico bien conocido, el de la fuerza centrífuga, y se explica por las leyes físicas y mecánicas.

En efecto: un hombre que parte de una altura de unos 14 metros en una pista inclinada de 34 metros de largo, puede, con la velocidad adquirida, remontarse hasta lo alto de una espiral que le lleva a correr, con la cabeza hacia abajo, por una pista colocada a siete metros sobre el suelo? Esto es perfectamente posible.

Obsérvese ante todo que el centro de gravedad del hombre y de su bicicleta está a 1'20 ó 1'30 metros aproximadamente encima de la pista, lo que hace que la espiral le lleve a elevar su centro de gravedad sólo en

$$7 \text{ metros} - 2 \times 1'20 = 4'60.$$

El hombre pesa 70 kilogramos y su bicicleta 32, ó sea un peso total de 102 kilogramos que se precipita desde lo alto de las cimbras, produciendo de este modo un trabajo destinado únicamente a dar al hombre su velocidad a pesar de la resistencia del aire.



El hombre que anda sobre la cabeza

La fórmula que da la velocidad V del hombre en la parte baja de la pista después de haber recorrido los L metros de longitud que lo separan de la entrada de la espiral es:

$$\left(\frac{P}{2g} + \frac{L \times 0'07}{16}\right) V \times V = 1.400$$

El significado de las letras es: P, peso del hombre y de la máquina, ó sean 100 kilogramos; L, longitud recorrida, ó sean 34 metros; g, intensidad de la gravedad en París, ó sean 9'81.

De ello se deduce que $V=16'40$, es decir, 59 kilómetros por hora.

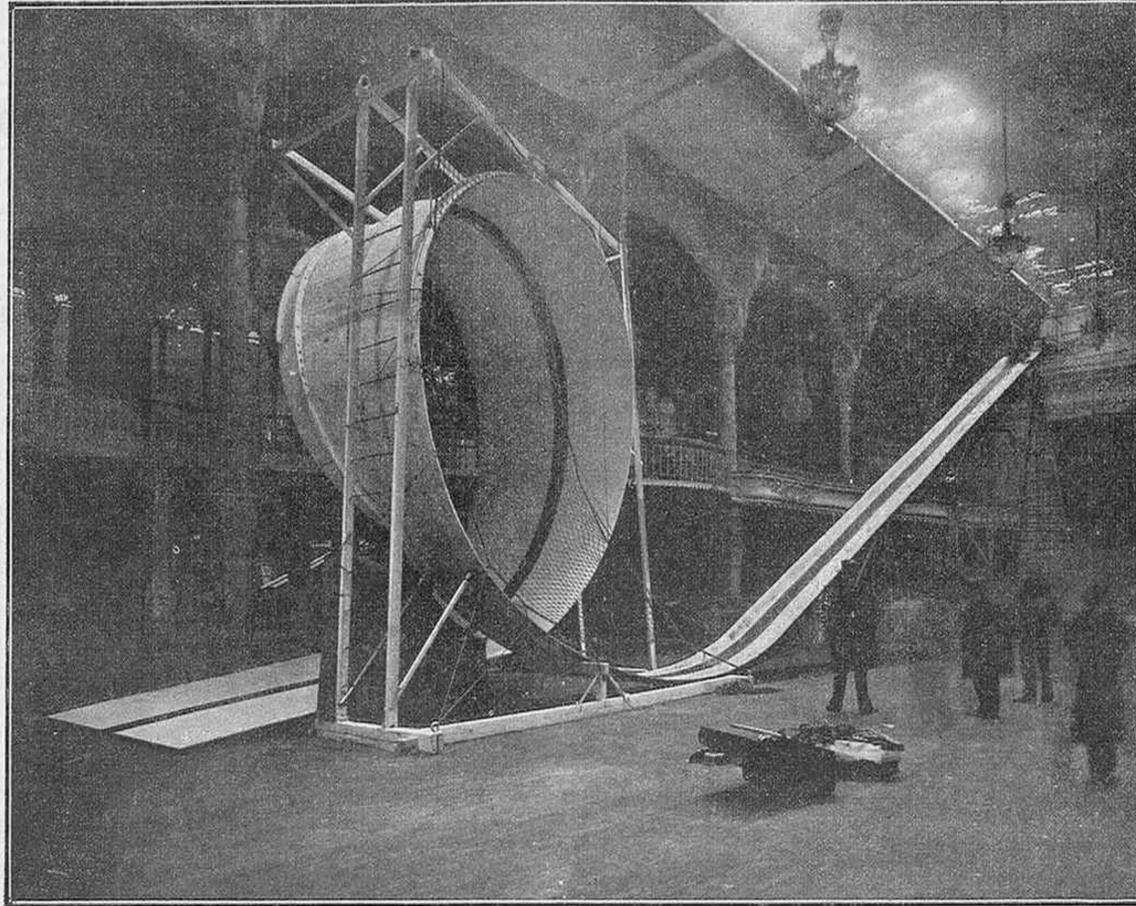
Pero si es interesante conocer la velocidad del

total cinco segundos y $\frac{3}{5}$, de los que sólo un segundo se emplea en recorrer la espiral.

La gran dificultad no es, pues, aguantarse en el aire dentro de la espiral, sino más bien no descarrillar, por decirlo así, y sobre todo detener al ciclista a la salida, cuando marcha a una velocidad de 50 kilómetros por hora y llega como una exhalación a la red destinada a amortiguar el choque.

Existe además otra dificultad que se presenta especialmente a la salida de la pista y que trataremos de explicar sin recurrir a cálculos. En su movimiento alrededor de la espiral, el hombre y su máquina dan una vuelta sobre sí mismos alrededor de su centro de gravedad común; este movimiento, que se realiza rápidamente, en un segundo, no puede evidentemente cesar en seguida de salir de la espiral. Así como el hombre continúa avanzando en su impulso, así también continúa, ó mejor dicho, tiende a continuar esa rotación, resultando de ello una tendencia de la rueda delantera de la máquina a levantarse, tendencia que, si no se opone por completo a la dirección, la hace ciertamente más difícil.

De todas estas explicaciones y demostraciones se deduce que en el *Looping the loop* no hay trampa alguna y que todo el secreto y toda la dificultad de este ejercicio estriban en la habilidad del ciclista en man-



El LOOPING THE LOOP, ejercicio acrobático que actualmente llama la atención en París

tenerse en equilibrio y en dirigir la bicicleta para que no salga de la pista. Smithson hizo su aprendizaje en una pista muy accidentada, en forma de montañas rusas, y cuando hubo adquirido la sangre fría y la práctica necesarias, seguro de que la velocidad con que, sin pedalear, llegaba a lo alto de las curvas era suficiente, lanzóse en una espiral y desde el primer momento salió bien de la prueba. En la actualidad cobra 1.200 francos por representación y como esta dura

hombre en la parte baja de la pista, puesto que es la que ha de permitirle subir, más interesante aún es conocer la que lleva cuando está en lo alto de la espiral, ya que es la que le permite adherirse a la pista.

La fórmula antes mencionada, aplicada de nuevo al recorrido de la primera mitad, que, como hemos visto, eleva su centro de gravedad en 5'40 metros, da ahora 12'80 metros por segundo, ó sea 46 kilómetros por hora. Con esta velocidad, la presión que el hombre ejerce sobre la pista situada encima de él nos la da

$$\frac{P \cdot V}{g} \frac{V}{R}, \text{ si } R \text{ es el radio (2'70) del círculo recorrido por el centro de gravedad del hombre y de su máquina.}$$

Hechos los correspondientes cálculos, encontramos 615 kilogramos, presión suficiente para mantener la rueda de la bicicleta sobre la pista, puesto que para mantenerla sobre el suelo bastan 100 kilogramos.

El cálculo nos permite también apreciar aproximadamente la duración total del trayecto. Los 34 primeros metros se recorren a una velocidad de 0 a 16'40 metros por segundo, de modo que requieren $4 \frac{1}{7}$ de segundo. Añadamos el tiempo necesario para dar vuelta a la espiral a una velocidad que disminuye de 16'40 a 12'80 metros, para adquirir a la salida la de 16 metros. Como se ve, a la salida no tiene la misma velocidad que a la entrada, siendo debida esta pérdida a la resistencia del aire y a los roces de las ruedas.

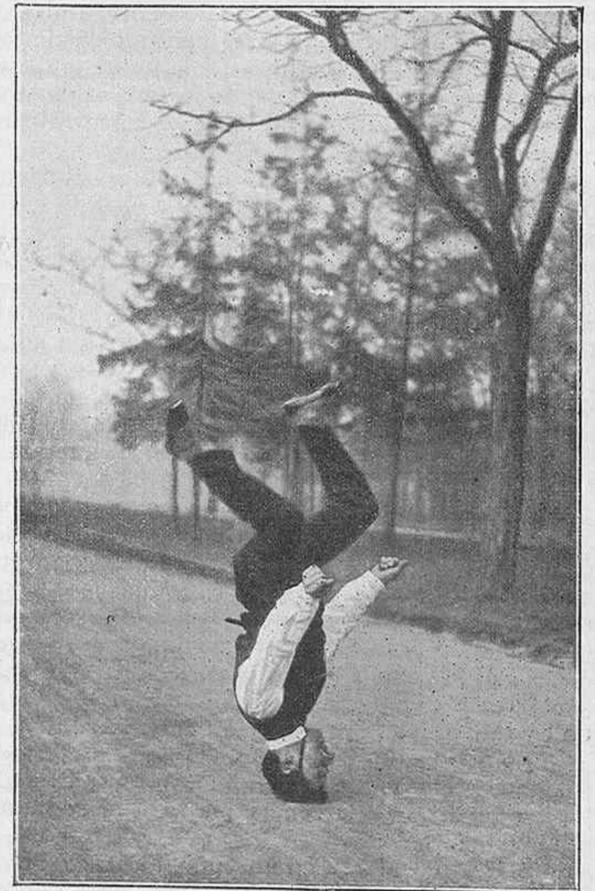
Es asimismo curioso observar que la trayectoria descrita en realidad no es la pista con sus siete metros de diámetro, sino el círculo imaginario de 5'40 que describe su centro de

gravedad: el cálculo nos da en este caso un segundo y una décima.

Finalmente, si se tienen en cuenta, aunque este cálculo es sólo aproximado, los $\frac{2}{5}$ de segundo empleados en recorrer la pequeña parte horizontal en que termina la pista, encontramos como duración

unos cinco segundos, bien puede afirmarse que no hay trabajo alguno mejor pagado que el suyo que le resulta por la friolera de 864.000 francos por hora.

El grabado que en esta página reproducimos representa la pista en espiral que recorre el ciclista. --R.



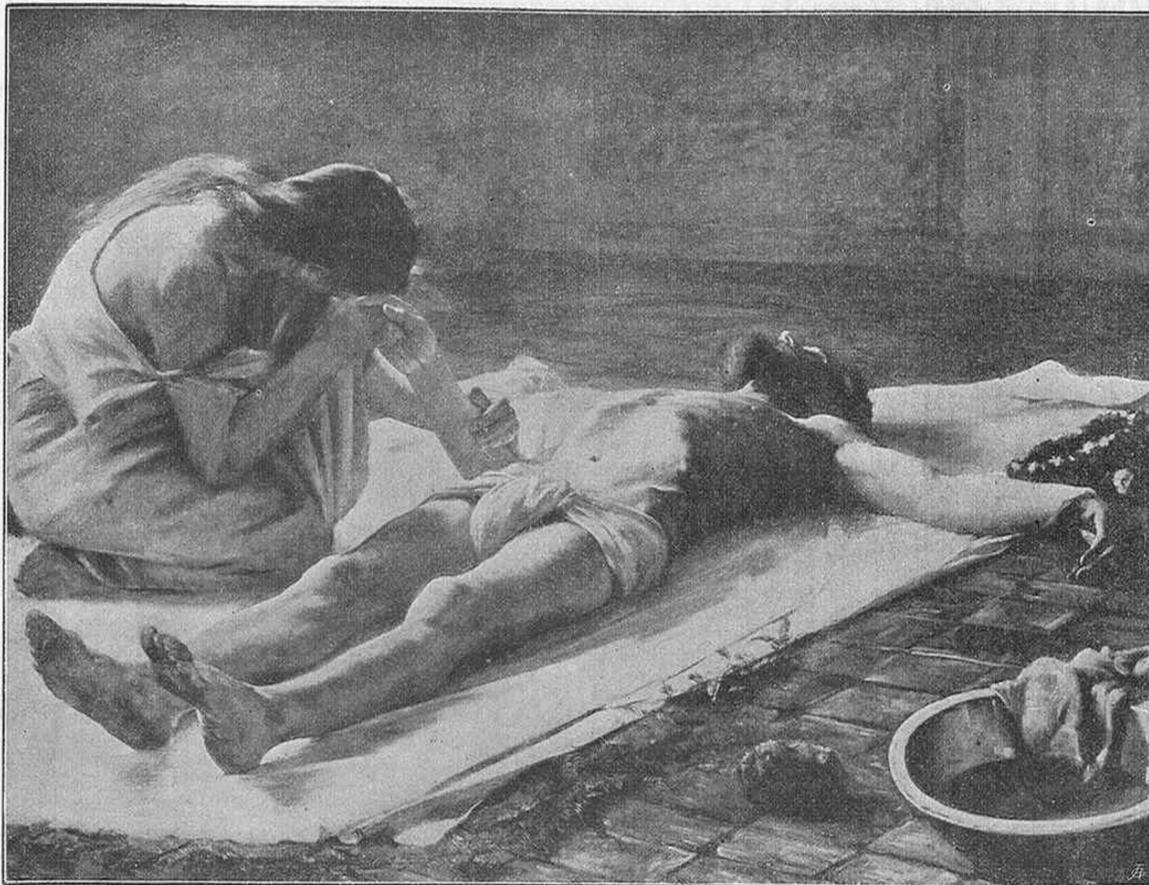
El hombre que anda sobre la cabeza

El grabado que en esta página reproducimos representa la pista en espiral que recorre el ciclista. --R.

EL HOMBRE QUE ANDA SOBRE LA CABEZA

Este ejercicio, que también se ejecuta en el Casinó de París como el *Looping the loop*, sin ser tan peligroso como éste no es menos sorprendente. La habilidad de los dos jóvenes acróbatas que lo realizan consiste en mantenerse en equilibrio, saltar y moverse hacia adelante y hacia atrás, no sobre los pies, como los demás mortales, ni sobre las manos, como se entretienen á veces en hacer los niños, sino sobre la cabeza y sin servirse para nada de las extremidades.

Las fotografías que en esta página reproducimos nos ahorran toda clase de explicaciones: viéndolas se formarán nuestros lectores perfectamente idea de lo que es este ejercicio, calificado con razón de «última palabra del acrobatismo,» y de la naturalidad con que los dos acróbatas hacen lo que tan contrario parece á las leyes de la naturaleza, que nos ha dado los pies para apoyarles en el suelo y ha formado el cuerpo humano para servir de sostén á la cabeza y no para que ésta le sostenga á él y se arrastre por la tierra.-S.



Pietá, cuadro de Luis Corinth

descender á los hechos particulares ni á las impurezas de la vida pública. Las cuestiones estudiadas resultan perfectamente ordenadas y sujetas á un plan riguroso que permite al lector adquirir gradualmente conocimiento completo de todas ellas. Forma parte este libro de los «Manuales Enciclopédicos» que

cales é instrumentales, la manera de escribirlos en la partitura; en una palabra, todo cuanto se relaciona con la instrumentación. La justa fama de que en el mundo musical goza el maestro Pedrell es la mejor garantía del acierto con que todo esto está tratado en el libro que nos ocupa y que forma parte de la «Biblioteca de Manuales enciclopédicos», publicada por el editor D. J. Gili. El precio del tomo cartoné es de 3'50 pesetas.

MUSGO, por R. D. Perés. - Esta nueva obra justifica una vez más la reputación de inspirado poeta que se ha conquistado el Sr. Perés. Las composiciones en ella contenidas son de concepción elevada, abundan en hermosas ideas, inspíranse en los más nobles sentimientos y, en una palabra, llenan cumplidamente los fines de la poesía, así por la bondad del fondo como por la belleza de la forma. Elegantemente impresa en la tipografía barcelonesa de L'Avenç, véndese á 5 pesetas.

EL CANARIO, por Antonio Recasens. - El distinguido ornitólogo Sr. Recasens estudia en este libro, con gran conocimiento de la materia, los caracteres de los canarios, su origen, razas, cría, higiene, cruzamientos y enfermedades, dictando reglas sumamente prácticas y dando utilísimos consejos para obtener buenos ejemplares de tan apreciados pájaros. Editado en Barcelona por D. Francisco Puig, véndese á una peseta.

LA LITERATURA GALLEGA EN EL SIGLO XIX, por Eugenio Carré Aldao. - Con gran abundancia de datos y criterio muy imparcial estudia el autor de este interesante libro toda

la literatura gallega del último siglo partiendo de los orígenes, continuando por los precursores, analizando detenidamente la obra de Rosalía Castro y sus continuadores, la de Manuel Curros Enríquez y la nueva generación, y tratando de otras materias no menos importantes. Completan la obra varios apéndices con algunas composiciones de escritores gallegos residentes en América, otras de escritores no gallegos y que, sin embargo, cultivan este idioma, un índice alfabético de los escritores que han escrito en gallego y un catálogo de obras. El libro ha sido impreso en la Coruña en la Imprenta Regional y se vende á tres pesetas.

con tanto éxito edita en esta ciudad D. Juan Gili y se vende, elegantemente encuadernado, á dos pesetas.

PRÁCTICAS PREPARATORIAS DE INSTRUMENTACIÓN, por Felipe Pedrell. - El objeto de esta obra es presentar una nomenclatura explicativa y razonada del material sonoro utilizado por la música moderna en todas sus manifestaciones, dando á conocer íntima y detalladamente la extensión particular de cada una de las voces y de los instrumentos, la posición que ocupan éstos en la escala general de los que hoy emplea la música, la correlación que existe entre los sonidos vo-

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CIENCIA POLÍTICA, por Antonio Royo y Villanova. - El distinguido catedrático de la Universidad de Valladolid don Antonio Royo y Villanova expone en esta obra, con claridad y sencillez grandes, los principales problemas de la ciencia política, colocándose en un terreno puramente neutral y sin

ENFERMEDADES de la PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los médicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legítimo. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO Y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.



PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias, Jaqueca, Ciática.

CLIN y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.
650

VINO AROUD (Carre-Quina) el más Reconstituyente prescrito por los médicos, con base de Vino generoso de Andalucía preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

AGUA LEHELLE

Se receta contra los *Flujos*, la *Glorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIYORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



CARTEL ANUNCIADOR de D. Francisco de Cidón, primer premio en el concurso celebrado por la casa Ladivfer



CARTEL ANUNCIADOR de D. Buenaventura Casas, primer accésit en el concurso celebrado por la casa Ladivfer



CARTEL ANUNCIADOR de D. Javier Puente, segundo accésit en el concurso celebrado por la casa Ladivfer

CONCURSO DE CARTELES

ORGANIZADO POR LA CASA LADIVFER

EN EL SALÓN DE EXPOSICIONES DEL CÍRCULO ARTÍSTICO

Digna es de aplauso la resolución adoptada por la casa Ladivfer, abriendo un palenque en donde los artistas pudieran contender noblemente. Este procedimiento, esta conducta adoptada por el inteligente director del establecimiento de per-

fumeria, merece plácemes, puesto que responde á un propósito razonado, que de tener imitadores produciría indiscutibles ventajas. Así han debido apreciarlo los artistas, ya que el número de los que han acudido al llamamiento excede de los cálculos y esperanzas que podían haberse formado. Cerca de doscientas obras figuraron en el Salón de exhibiciones del Círculo Artístico, distinguiéndose muchas de ellas por su discreción y buen gusto. De ahí las dificultades con que tropezó el Jurado, puesto que era harto difícil establecer la selección, dado el número y calidad de los carteles expuestos. Esto no

obstante, fué posible determinar una gradación de méritos, asignándose al cartel ejecutado por D. Francisco de Cidón el primer premio, consistente en la cantidad de mil pesetas, el primer accésit á D. Buenaventura Casas y el segundo accésit á D. Javier Puente. Los nombres de los artistas premiados y el asentimiento del público atestiguan el acierto del fallo formulado por el Jurado.

Reciban los artistas premiados nuestra sincera felicitación por el éxito alcanzado y el Sr. Ladivfer nuestros plácemes por su generosa iniciativa.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exíjir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARRIOSA, ARRUGAS PRECOSES, EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et C^o en Paris
B^e St-Denis, 48

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.
Exíjir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^e BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN